

CONVERSACIONES DE CANTINA

CONVERSACIONES DE CANTINA

Coloquio en el Bar de Florencia

© Ismael Jesús

Registro de propiedad intelectual: 293.596

ISBN: 978-956-393-995-8

Curicó, Chile, agosto de 2018.

CONVERSACIONES

DE CANTINA

Coloquio en el Bar de Florencia

ISMAEL JESÚS

“¿Qué vale más? ¿Hacer examen de conciencia sentado en una taberna o prosternarse en una mezquita con el alma ausente? No me preocupa saber si tenemos un Señor ni el destino que me reserva.

[...]

¿Nuestro tesoro? El vino. ¿Nuestro palacio? La taberna. ¿Nuestros fieles compañeros? La sed y la embriaguez. Ignoramos la inquietud, porque sabemos que nuestras almas, nuestros corazones, nuestras copas y nuestras ropas manchadas nada tienen que temer del polvo, del agua ni del fuego”.

Omar Khayyam

Prólogo

Ingresamos al seductor coloquio de un particular y atrayente grupo de amigos. De igual forma, somos testigos de intensos comentarios que rondan alrededor aquél. A diferencia de algunos textos de diálogos clásicos donde había alguien que manejaba el saber y, llevaba al resto por un camino preestablecido en base a su postura en torno a la verdad, acá presenciamos una discusión equidistante donde la certeza es encontrada en el camino recorrido. Parlamentos cruzados desembocan en una inextricable conversación zigzagueante entre la duda y el desconcierto que alcanza finalmente un epílogo proveniente de la divergencia en aras de construir.

Ismael Jesús a diferencia de sus obras anteriores, se embarca en esta oportunidad en el relato de una conversación. Como es su costumbre, junto a la Filosofía como arte por la pregunta, inaugura un incesante y laborioso camino a recorrer para alcanzar potenciales respuestas. Introspección y análisis existencial del ser y su relación con el mundo, donde la Poesía aparece para entregar fecundas luces. Tenor poesófico amparado en la certeza incierta de una indagación incesante como manifestación propia del género humano que busca la razón de ser de su humanidad.

Pesquisa en los marcos de la discusión en desmedro del controversial debate que, más que sumar, anula la posición del interlocutor. En este sentido junto a Ismael,

diríamos que quien propone construye con la alteridad; en cambio, quien impone dispone del otro. La verdad en su pluma, es un perpetuo reconocimiento en su máximo esplendor de la segunda persona gramatical.

No es baladí que por sobre el concepto de diálogo, sitúe la categoría de “conversación” como acto de reunión y camaradería; espacio idóneo para desplegar el abanico de posibilidades concernientes a las preocupaciones iniciales; supererogatorio afán por ir más allá de los márgenes de lo conocido y aceptado como fidedigno. Ir y venir de argumentos en actitud anti-dogmática que rompen con la tradición; acertada apertura del sentido que envuelve al hombre y que es puesto en tela de juicio en la discursividad heterogénea de vivencias dispares.

En este aspecto, podemos dar cuenta que la palabra como esencia distintiva del hombre desde su aparición, ha transitado disímiles rutas a la hora de expresar o transmitir. El “dia” (a través), y, el “logos” (palabra - discurso), ha ponderado en la tradición filosófica en una dialéctica autoritaria proveniente de una concepción absolutista. Allí, en el “diálogo”, habita una lógica que se superpone al otro, erigida principalmente y de manera aciaga en la imagen del maestro o sabio. La “conversación” en esta obra por su parte, transmite como su etimología lo indica, todo lo contrario: dar vueltas, giros y, además, vacilación. Un encuentro fraterno donde la discusión puede tener opiniones distantes, no obstante, los interlocutores se vuelven correlato de un epílogo compartido.

Una obra de importante contenido reflexivo contemporáneo, vinculada con el devenir de discusiones intelectuales que se han dado a lo largo de la historia de la humanidad. Se aborda por cierto, con un lenguaje grato para el lector las diversas temáticas que cruzan como hilo conductor el cuerpo principal. Suscita interés y profundiza plausiblemente las inquietudes que se desprenden del texto, como las que tiene cada persona y se acrecientan con el recorrer de las páginas.

Por estas y otras tantas razones que el lector encontrará en los distintos capítulos, es que se hace necesaria su lectura y divulgación. Si es con una copa de vino u otro trago a elección, cualquiera de las dos instancias suma. No hay mayor placer que el alcohol y el saber como bálsamo para la lucidez.

Dionisio

Desde el Olimpo, agosto de 2018.

Preludio

En la esquina próxima del Suspenso, a media cuadra de la calle Exuberancia en la ciudad Del Encanto, más precisamente en la intersección que viene de la Plaza Incógnita que conecta con la Avenida Rompecabezas y que llega a la Alameda Crucigrama, se arroja de insignes comentarios y reflexiones cada mesa que posee el connotado palacio popular de grados alcohólicos deferidos al consorte interino en cambio constante: el célebre y distinguido Bar de Florencia. Atiborrado lugar de encuentro entre residentes y transeúntes que se confunden entre sí. A veces, residentes pasajeros que arrastra el viento indiferente; en otras oportunidades, transeúntes que se vuelven huéspedes vitalicios encantados por las bondades selectas; maravillas terrenales que se ocultan para la mayoría somnolienta que vegeta en el automatismo sin sentido de un mundo desplazado de su eje.

Muchos dirían que se trata de un espacio adocenado cualquiera, nada fuera de lo usual del cual poco se puede decir; opinión ampulosa que asumirían varios que jamás se han apersonado en aquel sitio. Argumentos suman por supuesto para que no sea motivo de glosa alguna alrededor de los que solo han escuchado su nombre, o, con suerte conocen su fachada. En cambio, una visión radicalmente disímil sostiene sus asiduos feligreses. Peregrinos incesantes para quienes significa verdaderamente un lugar de devoción y regocijo, de hechizo y necesidad; circunstancia que acreditan con su presencia y, dando testimonio en sus círculos cercanos con el ánimo de recomendarlo fervorosamente.

Las copas entre brindis rubrican las más entretenidas e inquietantes discusiones que transitan por muy variados temas sin perder en ninguno por cierto, el ahínco por desentrañar la importancia que guardan en lo más profundo las cosas simples y complejas de la vida. La dueña lleva por nombre el mismo que su local, Florencia. Comenzó con su bar hace más de tres décadas a media cuadra de la calle Asombro donde siempre obtuvo positivos réditos. Tuvo que cerrar debido a la expropiación que sufrió de su local con motivo de la construcción del Tren Centella como mejoramiento de la ciudad. Lleva en el lugar actual once años. Muchos de sus antiguos clientes la siguieron recorriendo la mitad de la ciudad para deleitarse cada tarde y noche del ambiente que emana y se respira en su tasca. De igual forma, cabe destacar que es infaltable el solitario, par o, grupo de amigos que en la mañana se dejan ver producto de continuar la jarana del día anterior o, lisa y llanamente, que se levantaron con la intención de ir directo a embriagarse. Como dirían los más avezados púgiles del alcohol: si no es para “componer la caña”, es para “empezar el show temprano”.

Uno de los principales y más fieles clientes que su periplo cotidiano cambió junto con el bar, fue Rigoberto. A menudo frecuentaba gran parte de la semana el antiguo lugar ya que vivía a dos cuadras; ahora, día por medio debido a que la distancia es considerable. Con él, similar conducta emprendió Froilán, quien daba vueltas la semana entre risas y lágrimas según el tema. La distancia también mermó su frecuencia. Actualmente, se aparece una vez o con suerte dos por semana, las que dicho sea de paso, dejan un cúmulo de

anécdotas y recuerdos para los que viven más cerca. Junto a ellos está Fermín. Mucho más joven, podría ser hijo o nieto de ambos. Gusta en demasía de tocar la guitarra. Cuando hace su llegada al bar, el que más se alegra es Froilán con quien una vez instalados y prestos a beber tocan a dúo. Froilán maneja a la perfección la armónica que le enseñó a tocar su padre y que pertenecía a su abuelo; esa que cada noche hacía zumbiar en la quinta de recreo del Tiburcio González en la Alborada de los Chanchos.

Habitualmente concuerdan los tres en sus visitas al bar, los dos días que -en el caso que así ocurre- acude Froilán. Son horas y horas las que se la pasan charlando de la vida, de su sentir y pensar. El día que nunca falla la convocatoria es el viernes; aquello ocurre esencialmente, en razón de la responsabilidad que Fermín mantiene como profesor de Enseñanza Media de lunes a viernes.

Froilán es un campesino jubilado; sirvió toda su vida como capataz en un fundo de la Provincia del Olvido. Se le veía perdido día a día en laberintos de hectáreas que conocía a la perfección; era su minotauro. Entre espigas de trigo abundantes, se le advertía revisando la tremebunda maleza; en eternos manzanales arreglando el regadío; cual arena del reloj que cae a la perfección indicando el tiempo, la gotas tenían que caer en su justa proporción en cada árbol. Siempre fue un laborioso trabajador; un inquieto preocupado que hendía en la tierra su humanidad como semilla; como el mejor abono se hacía carne en las bondades de la misma. Su vida era la tierra y ésta vivía gracias a él; una mutua adicción;

necesidad compartida de recíproco alimento. No era la única; desde luego significaba la más importante. La que le seguía en escala de valores, era en sus palabras “caerse al frasco”; ir a pegarse unos “warilnaquis’ ” con los amigos o colegas de otros predios los días libres. De niño siempre acompañó a su padre a las quintas de recreo y cantinas donde se contaban las mejores historias que todos querían escuchar. En tiempos de desconexión digital, precaria electricidad, nula televisión y ausente radio, vale decir, en la más perfecta hambruna de comunicación planetaria, asistir a esos convites era el panorama perfecto de la semana: degustar la sapiencia dispar de los borrachos tatas.

Dichos personajes desplegaban perfectos argumentos en diversos géneros. Por solo mencionar algunos, se encontraban el “presa e’ ponche”, quien habitualmente secaba la cantina con el último “bigoteado’ ”; siempre tenían que invitarlo a marcharse cuando más nadie había: “Qué voy hacer contigo hombre. La misma historia cada vez que vienes; si el copete no se va a acabar”- le repetía siempre el dueño de esa vetusta cantina a la hora del cierre. Otra connotada figura era el “racimo de uva”; nunca abandonaba su petaca con vino tinto, ni siquiera en los menesteres del campo; era siempre el que ponía un cordero para empezar cualquier escándalo: “Ya yo pongo el bicho, ¿quién salta con el petróleo?” - decía habitualmente con una radiante sonrisa. Carne no le faltaba; mantenía permanentemente alrededor de 300 corderos y como 50 vacas las que lo hacían vivir tranquilo y dedicado netamente al negocio de los animales. Quien también merece

reconocimiento, es el “manguera e’ gitano”; perfecto errante perdido de esa tribu que le pide combustible a todo el mundo para seguir su viaje en su antigua renoleta; no dudaba en mendigar un sorbo a cualquiera. Anecdótico, todos lo querían. Vivía en una mediagua después del injusto abandono familiar. Fue víctima de una treta de su hermano que se enamoró de su mujer. A él no le importó, siempre se le vio alegre después del suceso desgarrador; es más, fue y sigue siendo el émbolo de aquella cantina una vez fallecido. Otro insigne personaje en la lista, era el “estropajo e’ cantina”; exclusivo prototipo de amor al trago. Era el más risueño de todos. Siempre tenían que llevárselo sus amigos porque quedaba en estado etílico. Lo tenían que arrastrar hasta la puerta del lugar porque hasta inconsciente se negaba a salir; nadie se explicaba que reaccionara de improvisado cuando lo tomaban. Era una ceremonia salir a cuestras con él.

Algo común y especial a la vez que se suscitaba en el alegre lugar que significó parte importante de la infancia de Froilán, eran los cuentos que contaban por capítulos los reseñados personajes; hasta con avance del próximo. Arcaicos novelistas; cuentistas privilegiados. Algunos no sabían leer; talento que bajó del olimpo al pedestre pincel cercenado por la ignorancia ilustrada de lo peculiar; oro en vasijas de barro. De esta forma, Froilán fue cultivando una tradición de estancia en las capillas alcohólicas de reunión informal. Ya anciano, si bien comparte con el que se le acerca a conversar, Rigoberto y Fermín son su núcleo cercano con los que sin pensarlo, se han preocupado de abordar temas de

interés superlativo para el desarrollo del pensar contemporáneo; “locuras que en mi juventud jamás pensé” - sanciona cuando se le interroga por tales temáticas.

Rigoberto también es jubilado, no obstante, sigue activo con trabajos esporádicos. Continúa siendo reportero de un periódico para el que mensualmente entrega crónicas de acontecimientos importantes: “El Domicilio de la Noticia” lleva por nombre el medio escrito. En el pasado era columnista tiempo completo; hoy, se entretiene con historias inéditas que la ciudadanía poco conoce. Su historia es particular; especial por decirlo menos. Posee una pluma privilegiada; un inquisidor decir que arrastra a idearios que solo él puede transmitir; siendo justos, que ilumina dándoles un nuevo rostro; una realidad diferente pero que al final es el cimiento del sentido inicial; el contexto fehaciente desentrañado con el color que siempre debió asumir. Talento magistral que nadie se explica en su círculo cercano; aptitud que consiguió apunta de esfuerzo y desafío incesante por alcanzar lo que siempre deseó: simplemente poder escribir. Algo tan simple para los que le conocen en el mundo de las letras. Situación que siempre estuvo muy lejos de su alcance; esa que versa de una infancia limitada por las condiciones que le entregó el negligente medio de obstáculos que mutilan al mejor talento; que ensucia con el más pesado lodo al diamante más fino: el de la triste carencia. Aun así, frente a todo pronóstico derrotista, no claudicó en querer escribir; en saber cómo ocupar las palabras para transmitir. Hoy podemos decir que, con toda propiedad, no emula, sino que se convirtió en un oráculo de la palabra; uno que escribe la

magia que muchas veces se pierde con el viento de la despreocupación; la indiferencia que se lleva la corriente cuando no se pone la debida pasión en el papel.

Fermín es el personaje más joven de esta historia. Es un novel e inquieto profesor de Filosofía. Viene de una familia acomodada y sin grandes preocupaciones. Le tocó nacer en un mundo lleno de oportunidades en comparación con Froilán y Rigoberto. En uno donde si no se tienen los recursos para acceder a una educación de elite, los créditos y las becas te proporcionan múltiples opciones tanto o mejores que una buena situación económica. Si vamos más allá, la educación en este tiempo no es la única alternativa; las condiciones y oportunidades laborales son sideralmente diferentes en el presente. Antítesis de una lotería que nadie pidió. Un azar que se ensaña más con unos que con otros. En el tiempo de Froilán que apenas terminó la enseñanza básica - el mismo que le tocó vivir a Rigoberto - había que trabajar para con suerte comer; para comprar la solitaria bolsa de té, unos cubos de azúcar y, el cubo de mantequilla desabrida. Cosas que hoy parecen una aberración de tiempos impensados; esquizofrenias tenebrosas entre paréntesis de agujeros negros. Épocas dispares olvidadas hoy entre sacarina, stevia, múltiples infusiones y, donde un pollo para decir presente en la mesa se demora alrededor de 3 semanas.

Fermín llega por primera vez a una cantina también en el campo. Uno de sus tíos tenía una parcela en la más serena calma al pie de un cerro en la localidad de Las

Simplezas. Una vida apacible le proporcionaba el parsimonioso lugar en comparación con el resto de la familia que estaba innegablemente esclavizada al stress de la urbe que muchas veces termina consumiendo, más que, regalando una supuesta mejor calidad de vida. Contradicciones sugerentes para Fermín, quien veía a su tío tan feliz y, por otro lado, a sus otros supuestamente exitosos familiares tan apesadumbrados por el ritmo de vida que sostenían. Los últimos discriminaban implícitamente a su tío menoscabándolo porque nunca se fue del campo y, con suerte, tenía una que otra pilcha para ponerse. Ese tema para él no revestía importancia. Bicicleta y un poncho más nada necesitaba cuando salía. Sentía que los locos eras sus hermanos por preocuparse de banalidades. Tontería ilustrada insípida de imposición arribista; locura ridícula que porta el tener vacío del acumular por acumular.

Fermín en cada visita al campo aprendía a mirar la vida con unos catalejos muy diferentes al de la mayoría de la ciudad; disfrutaba y lo hacía feliz lo simple y sencillo de la vida. Aprendió más de su tío que de cualquier otra persona. Cruce de realidades que hicieron emanar cuestionamientos a muy corta edad; depósito imberbe que atesora reliquias trascendentales; una olla que comienza a preparar su guiso con los más selectos ingredientes en la cocina rústica de la vida; cocción permanente que obsequia moralejas a cada instante. Una infancia perfumada de sabiduría que le enseñó a entender lo absurdo de la vida; a desentrañar paradojas en la oscuridad de lo que olvidó el pensar; el sentido de las cosas que al final no tienen sentido y que asumen uno movido por

el contexto que determina y muchas veces impone condiciones en el hacer.

“Corcho” le decían al tío. Su nombre era Clemente; fueron muy pocos los que lo sabían ya que con suerte sus familiares lo llamaban así. Plantaba tomates, lechugas, pimentones y papas de preferencia. Nunca quiso plantar parras, decía que: “ya soy hartito borracho pa’ tener la tentación a la mano”. Nunca tuvo hijos. Cuando se le preguntaba por ello, decía que: “No había diferencia entre tenerlos o no tenerlos; entre estar vivo o muerto. No pueden definir que esté bien o mal lo uno o lo otro”. Una vida diferente para Fermín que lo haló a querer estudiar el porqué de estas cosas.

Su padre siempre quiso que estudiara Ingeniería; sin embargo, su juventud con el primer avistamiento de las materias del saber, propuso otra cosa. Un imán que desembocó en la Filosofía. Saber que lo rodeó en el campo embalsamado con arpegios alborotados provenientes de la guitarra de su tío; extraña mezcla con el complemento urbano de la flauta travesa de su padre que hechiza al primer sonido. Hasta en eso prefirió a su tío; se quedó con la guitarra porque con ella podía meter más boche cuando se reunía con los amigos. Ese talento provenía del abuelo. Aquél era un artista del acordeón; reproducía lo que escuchaba, y componía los más ocurrentes compases llenos de jocosidad en el lugar que se encontrara.

En fin, podría seguir con el relato de la vida de nuestros protagonistas tanto como de las cosas que las circundan y, llenar decenas de hojas; pero lo que nos convoca hoy en el presente extraño de inusitadas cosas inconexas e incertidumbre asfixiante, es hablar de lo ocurrido en el bar de Florencia. En este sentido, es importante consignar que a Froilán a pesar de su avanzada edad y delicada diabetes, le gusta el ponche; como dicen a menudo en las cantinas: “bien cabezón”. A Rigoberto, el Chichón o el Navegado; cuando faltan ambos, un Pihuelo no anda mal. A Fermín en tanto, le encanta el ron; pero solo el cubano con “negra” y tres hielos o, si escasea éste, la “diosa pisco”.

Capítulo I

Última conversación sostenida entre Froilán, Rigoberto y Fermín, al son de las copas el viernes pasado en el Bar de Florencia:

Fermín: Hoy un alumno en “Filosofía Clásica” a raíz de un par de obras que hemos venido estudiando, realizó un fuerte cuestionamiento que dividió a la clase; transmitió a saber: “¿Para qué vivir si la vida no tiene sentido?” Muchos asintieron, otros en cambio, no dieron crédito al argumento. Mi respuesta sin ser un filósofo, pero sí alguien interesado y comprometido con la materia fue: “la respuesta que buscas no la encontrarás en este salón”; lo que conllevó a acrecentar el intenso debate entre los presentes. Me gustaría saber qué piensan mis queridos amigos de la interrogante y, al mismo tiempo, la controversia que genera la inquietud expuesta por mi alumno.

Froilán: Primero, no tení’ pa’ que tirarte al suelo con eso de que no eres filósofo y la cachá e’ la espá’.

Rigoberto: ¿Cómo es la cuestión viejo gruñón?, no que te gusta la humildad, ¿entonces para qué le echas el caballo encima?

Froilán: ¿Y quién te pasó la guitarra a bo’ viejo impotente?

Rigoberto: Qué sabes tú potro de pólvora mojada. Con suerte caminas vejete de rancio tranco.

Froilán: Sale viejo califa'; bo' con suerte si te dejas crecer la barba, más esa cabeza de ajo que te gastas serías un perfecto viejo pascuero. Yo todavía me puedo pegar tres helicópteros al hilo con cualquier cabrita.

Rigoberto: Te estás pasando la película completa y en HD Gárgamel - así llama Rigoberto a Froilán cuando bromean -; no te alcanza ni para echarte un pistera al hombro; te da hernia al instante, un infarto.

Las risas no se hicieron esperar en las mesas aledañas. Hasta Florencia en la barra mientras secaba unos vasos ponía atención; sonriendo se decía: "estos viejos siempre con lo mismo". Siguieron con el repertorio de bromas de un lado hacia el otro un buen rato, hasta que Fermín los interrumpe:

Fermín: Par de viejos verdes... ¿la pueden cortar?

Rigoberto: Calcula... yo que te defiende y me reclamas.

Froilán: Encachaíto'; éste te prestan ropa y le day' color; mal hijo ahí, muy mal.

Fermín: Córtala viejo carbonero; ¿podemos volver al tema?

Froilán: Si allí estábamos hasta que el Tata Colores - así le dice a Rigoberto cuando bromean o discuten - me echó la foca.

Fermín: Con ustedes de verdad que no se puede. ¿Van a seguir con la función?

Rigoberto: ¿Qué función? Sabes Gárgamel, dile lo que quieras al Principito - de esta forma se refieren junto con Froilán a Fermín cuando el ambiente es distendido - está pidiendo que lo subas al columpio.

Froilán: ¿Para qué me pides eso? Ven que ambos son poco serios par de jetones. Volvamos de una vez al tema que me interesó.

Rigoberto: ¡Te pasaste viejo decrepito! - Exclamó haciendo un ademán de descrédito con sus manos.

La mesa explotó en carcajadas, así como otro par con lo descrito. Florencia desde la barra alza una copa diciendo: “pura’ conversa los tres mosqueteros, nada que toman, así que salud; esta weaíta’ funciona mientras consumen”. De inmediato todos levantan sus copas y brindan por la amistad. Continúa después del brindis la damisela del lugar: “ya pues, ¿y van a conversar acerca de la pregunta que hizo Fermín?; como no bajan el volumen de la radio siempre nos tenemos que enterar todos a la fuerza de lo que hablan”.

Froilán: Mire señora, no la palanqueo’ porque es la dueña de esta weá’ y nos echaría cagando. Pero le voy a advertir que no me mire con esos ojos que me pasan cosas. Y no estoy ni ahí que sea casada porque no soy celoso.

Florencia: Mira viejo retamboreao’, me seguí webiando’ te voy a echar cianuro en el próximo trago. Así que bajen el volumen y no sigay’ odiando.

Froilán: Por eso me encantay' vieja; cuando te enojay' te poní' sexy.

Después de tal comentario, la algaraza era a tablero vuelto en el local. Todos estaban pendientes y bromeando con el asunto. Entre copas y brindis, las bromas se tomaron el bar. Con el pasar de los minutos, la algarabía fue decayendo en los comensales. Nuestros protagonistas comienzan de a poco a volver al cuestionamiento primero:

Fermín: ¿Terminaron finalmente con el escándalo par de viejos?

Froilán: Mira hijo, no perdí ni un... como es que te gusta decir a ti... espera... ya me acordé... ápice; no perdí ni un ápice de tu pregunta.

Rigoberto: Que bien. Entonces discutámosla porque tengo varios alcances no solo con la pregunta, sino con la reacción del auditorio aludido.

Fermín: ¿Supongo entonces que no es necesario repetirla?

Froilán: Puta que erí' porfiao' cabro e' mierda.

Rigoberto: En eso tienes razón Gárgamel.

Froilán: Ese tema es como diría mi abuela en el campo: la amarra de la humita - comenzó a decir codo en mesa apoyado y, el antebrazo estirado hacia arriba mientras miraba el vaso fijamente. Desatarla es encontrar lo que uno busca después de quitar las hojas de choclo; pero no es nada

de simple soltar la amarra y quitar las hojas en esta oportunidad. Tiene un nudo muy complicado este asunto, y más hojas que cualquier otro. Pero por muy cerrado que esté, después de intentarlo varias veces el sol tiene que salir pa' iluminar la planta sí o sí.

Rigoberto: Qué tiene que ver la amarra de la huma con que después el sol ilumine una planta... ¿qué planta?

Froilán: Bueno nada; pero qué tanto, déjame ser; deja expresarme a mi manera viejo chicha.

Rigoberto: Entonces si vas a filosofar concéntrate y que tengan sentido lo que transmites.

Froilán: Mira escritor de cuarta, escribano de cabaret, si no me comprendes es tu problema; expresé dos ideas que cualquiera entendería... ¿para qué le poní' tanto?

Fermín: Ambos dicen cosas pertinentes. Siento que la analogía fue muy buena para adentrar en las complejidades del asunto. Si bien los reparos de Rigoberto son correctos, la idea no pierde peso; el cambio de rumbo fue con el afán de dar realce a la idea matriz. Buen discurrir filosófico amigo.

Froilán: La pregunta que trajiste hoy, que provenga de un adolescente, quiere decir que estás haciendo bien la pega. Los estás haciendo pensar.

Fermín: Repitámosla: ¿para qué vivir la vida si no tiene sentido?

Rigoberto: Yo creo que en la vida todos somos filósofos por naturaleza. Siempre entablamos este tipo de problemas en torno a cuestiones similares; no tan elaborado producto de la erudición como en el caso de tu estudiante. En este mismo sentido, nos preguntamos entre otras cosas: ¿qué haré con mi vida?, ¿para qué trabajar tanto?, ¿vale la pena el esfuerzo en cada cosa que hago?, ¿por qué hoy no amo tanto a mi mujer como hace diez años?, o, ¿por qué la amo más? En fin, una lista interminable de cosas que tratamos de darle respuesta con las pocas nociones que sabemos y entendemos. Una empresa que acongoja a algunos, a otros les es indiferente, y unos cuantos que significativamente son menos, les apasiona. Creo no equivocarme, entre estos están tu alumno y tú.

Fermín: Entonces analicemos este problema, porque considero que a preguntas de jóvenes, no existe mejor respuesta que la que viene de las canas, y ciertamente tengo a dos exponentes de peso frente a mí (sonríen al unísono). En atención a esto, partamos delimitando que posee un sesgo notorio en su...

Froilán: Para Fermín, detente, ¿qué es sesgo?

Fermín: inclinar un argumento hacia un sentido particular que el emisor posee o al de un autor que avala. Continúo. Como decía, posee un claro sesgo fruto de la subjetividad propia del sentir que lo embarga...

Froilán: Perdón nuevamente Fermín, pero ¿qué significa subjetividad? Se me produce una confusión.

Fermín: Que es propio del sujeto, interno, más allá de lo que implica el objeto o la esencia misma que habita en la externalidad, o lo que llaman habitualmente objetividad (Froilán siempre se confunde entre subjetividad y objetividad cuando aparece el relativismo).

Froilán: Sabes Fermín, aprendo demasiadas cosas contigo. Me gusta mucho cuando compartimos los tres. En estos últimos años de vida me has enseñado más que la chucha'; ya pareces mi hijo.

Fermín: Descuida amigo, acá el que más aprende del otro soy yo. Las cosas que te puedo entregar son mínimas en comparación con las que me he impregnado de ti todo este tiempo, así como por su puesto, también de Rigoberto.

Rigoberto: Dense un besito a ahora el par.

Froilán: Te gusta el webeo' viejo chicha e' tomate. ¿Tay' celoso acaso? No te voy a dar boleto ahora porque se me va a ir la idea y es importante. Creo que es trascendente tratar en algún momento el tema del relativismo subjetivo y objetivo.

Rigoberto: Es algo para no tomar a la ligera. En fin. Volviendo al motor de la discusión, por cierto, con la salvedad no menor de remarcar posturas y subjetividades a la hora de esgrimir un discurso...

Froilán: ¿Qué es esgrimir Rigoberto?

Rigoberto: Mi buen amigo, esgrimir viene de esgrima. Es el deporte que se práctica con el florete o sable, depende la competición. La idea como debes saber, es marcar un punto haciendo contacto con el oponente. En este caso particular, tiene una acepción retórica con el acento de levantar un argumento y conferirlo.

Froilán: Ah... te entiendo. Continúa por favor Rigo.

Rigoberto: Desde luego, pero antes me gustaría explicitar que concuerdo en algo con Fermín. Crees que ignoras muchas cosas Froilán, pero en verdad son ínfimas cotejado con tus reflexiones de la vida.

Froilán: ¡¡Bingo!! Cotejado es igual que decir parangón (se ríen Rigoberto y Fermín); ven, les dije, hay más palabras en mi repertorio que antes de conocerlos; o como diría Fermín: en mi almanaque... ¡¡Salud!! (Brindan y beben).

Pasan unos segundos mientras muy festivamente degustan de sus bebidas. A continuación, sin dilatar demasiado el cese, retoman la conversación.

Froilán: Disculpen por la interrupción amigos, continúen. Trataré de hacerlo menos.

Fermín: Qué disculpas, de eso se trata, venir a compartir alegrías, bromas, penas etc. No te compliques, este bar se ha convertido con el tiempo en otro hogar, y nosotros al parecer ya somos una especie de familia.

Froilán: Gracias Fermín, pero no te pongay' sentimental tan pronto que ni siquiera estoy entonao', y para estar curao' falta mucho. Continúa por favor Rigoberto con lo que ibas a decir.

Rigoberto: Bueno, lo que iba a plantear de forma somera, es lo que adelantaste. El problema de la subjetividad y el relativismo. Tu alumno Fermín nos invita a pensar en nuestro quehacer cotidiano; en las actividades que realizamos por motivación personal o que nos son impuestas por estructuras sociales; nos interpela a reflexionar en torno a nuestro habitar en el mundo. En consecuencia, la disyuntiva es preguntarnos: ¿Es acertada la pregunta? Escudriñar si existe un sentido universal, o como dije antes, si se vivencia un relativismo según la convicción ya sea religiosa, social, política, u cualquier otra que existiere en el seno familiar, colectivo o, individual de un sujeto situado en una determinada parte del orbe.

Fermín: Evidente, a eso me refería cuando esboqué que hay un fuerte sesgo en la pregunta de mi alumno. Como tú dices, en este tema convergen varias aristas, pero me interesa tomar principalmente de tu argumento, el relativismo producto de convicciones en los múltiples campos de interés de la vida humana. Ya que si enmarcamos la discusión dentro de cánones religiosos, el sentido de la vida se nos torna inmediatamente de distintos colores según la doctrina; es más, con posturas irreconciliables entre los credos, por más que se intente un ecumenismo.

Froilán: ¿Qué es ecumenismo?

Fermín: La acción que pretende la unidad de las iglesias cristianas; también se ha utilizado en el último tiempo como intento de acercamiento y diálogo entre las diversas religiones.

Froilán: Comprendo. En ese punto considero que dentro de cada gran religión, hay diversas vertientes que llevan a su manera su creencia; vemos distintos sentidos de lo mismo; muchas visiones que discuten por su divinidad a la manera que la sienten.

Fermín: En efecto. En el cristianismo por ejemplo, existen tres grandes ramas a saber: Católica, Ortodoxa y Protestante. Cada una con muchos carismas y congregaciones. Así mismo, el Islam tiene dos grandes y principales vertientes: los sunitas y chiitas. Si bien existe otra menor extremista, aquellas son las que congregan a la mayoría. Si seguimos en esta dinámica, en el Judaísmo existen varias corrientes; para que hablar del Hinduismo con innúmeros dioses que se traduce en un politeísmo dentro de la misma creencia. Ahora bien, en esta sucinta reseña, podemos consignar el Confusionismo y Taoísmo con un carisma místico entorno al cosmos y la naturaleza que decanta en una conducta moral. Finalmente, nos queda el Budismo, que se avizora en el marco de una filosofía de vida.

Rigoberto: La divinidad al parecer es o demarca el sentido de la mayor parte de la sociedad. ¿La misticidad, la trascendencia, lo metafísico, es algo que necesitemos en

nuestra existencia?, ¿qué ocurre por ejemplo conmigo que soy ateo y veo desde una tribuna lejana las religiones o creencias que propugnan ciertas cosas?

Froilán: Yo soy creyente, porque mis padres son creyentes; me inculcaron de muy pequeño en el campo que todo lo que somos y tenemos, es por gracia de Dios quien se hace ofrenda en la persona de don Jesho'. A modo de recuerdo, les puedo decir que mi abuela nos regaló un crucifijo que mi mamá puso en la puerta de entrada. Era muy valioso; cada vez que alguien salía o entraba lo veía. En relación a esto, debo apuntar que con el correr de los años producto de la madurez, uno va desarrollando disgustos para con lo que te han hecho creer otros, en este caso, tu familia. Analizamos por ejemplo en la religión que me encuentro, sus alcances, las cosas que nos parecen erradas, etcétera. Mi testimonio dentro del catolicismo, se refiere a que no comparto del todo como está definido su estructura y acciones. Creo en Dios Padre, Jesús, y el Espíritu Santo, no así en la Iglesia Católica como intermediaria o cuerpo de Cristo extendido por toda la tierra. No sería canuto por el fanatismo que brota de sus seguidores; pueden pensar diferente con lo que digo, pero lo veo así. Quizá sí sería... cómo se llaman estos de oriente que nombraste recién... ¡jah sí!! Ortodoxo; para mí no es piedra de tope que ciertos sacramentos los confiera un hombre célibe o casado, eso es una tontería; el amor de Dios va más allá, inclusive me gustaría que una mujer pudiera hacerlo. Vuelvo a insistir, con el tiempo el pensar adquiere nuevos elementos y observa la realidad desde el plano de la madurez e información. De seguro un número cuantioso de personas

que nacieron en otras latitudes, que tienen otra creencia y que su cultura es totalmente distinta a la nuestra, les ocurre lo mismo que acabo de plantear; claro está, que con otros tintes, protagonistas proféticos y dioses.

Rigoberto: Bien vejete. Me gusta cuando hablas así. Vez que sales con destellos de genialidad cuando te pones serio. Comparto la reflexión. Siento que hoy cada quien cree a su manera y lleva las prácticas rituales de su credo en la forma que estima conveniente.

Froilán: Exacto. En mi infancia mi viejo me decía cuando hacía algo malo: “Dios te va a castigar”; o mi profesora en la escuela rural las veces que boté el pan, me obligaba a poner los dedos juntos de la mano hacia arriba con el objeto de pegarme con una varilla o con una cuchara sopera; me decía furiosa mientras me golpeaba: “¡¡cómo se te ocurre votar la cara de Dios!!”.

Fermín: Mucho de eso hay; mis padres me cuentan historias parecida a la tuya. Lo que acaece hoy en día es muy distinto ya cada vez menos gente se siente ligada a las religiones. Es muy fácil cuestionar los dogmas que dan sustento a ...

Froilán: ¿Qué significaba dogma?

Fermín: En griego quiere decir doctrina. En sí representan los misterios del credo; son las verdades reveladas por Dios y declaradas por la Iglesia para su creencia.

Froilán: Ah, ya ya ya, ¿cómo la resurrección de Jesús o los milagros?

Fermín: Claro. Como te decía, es muy fácil echar por tierra las bases y cimientos de cada religión. Un solo ejemplo, ¿existe el infierno?, ¿si no actúo como dice determinada iglesia cristiana, me voy a él?, ¿a qué se refieren con la salvación todas las religiones?, ¿hay unos que recibirán el castigo de Dios?, ¿y si hoy no lo reciben, por qué recibieron dicho castigo algunos hace 300 o 400 años?, ¿los pecados que antes eran malos ahora no lo son tanto?, ¿los muertos de aquella época tienen que hacer protesta en el infierno porque personas que hacen cosas peores que ellos hoy se van al cielo?

Froilán: Difícil decir algo al respecto; solo me basta transmitir que para unos más que otros, la religión es su todo, como en el caso de sacerdotes, monjas, misioneros, monjes; tal como para los... esperen que se me olvida... ya lo tengo!! sheiks etc.; en resumen, gente que se dedica por entero a su creencia.

Fermín: Desde luego. Para el resto en cambio, es el reconocimiento a un conjunto de valores cosmológicos afirmados por un colectivo que permiten una interacción social de mejor manera dentro de la cultura en la que se está inmerso y, que son transversales tanto para los que creen como para los que no lo hacen.

Rigoberto: ¿Entonces podemos decir que los actos son individuales y propios de cada quien según sus convicciones

en un grupo variado de áreas?, ¿y quizá se da que unos ámbitos prevalecen por sobre el resto como fundamento de nuestras vidas?

Fermín: Siento que la vida adquiere en cada persona un matiz distinto. De nuestras familias en los primeros años de existencia adoptamos de su lengua, costumbres, religión, opción política, deporte, en sí, una cultura que demarca nuestra vida venidera. Somos un proyecto de nuestras familias; muchas de las habilidades que adquirimos fueron porque ellos se empeñaron en que las obtuviéramos. Un elocuente ejemplo que condensa todo, es que llevamos el nombre que quisieron; de igual modo, tenemos por obligación que continuar con sus apellidos, los que nos otorgan por cierto para más de algún tarado, una carga de estatus positiva o negativa al interior de la sociedad. Si bien nos acostumbramos a emprender las cosas que nuestros padres querían, eso es posible hasta cierta edad, ya que cuando el ser alcanza la madurez puede decidir por cuenta propia, inclusive, litigar por cambiarse hasta el nombre. Pero tus preguntas engloban más que eso; creo que es una observación de segundo orden o la primera rivera a la que llegamos con esta discusión.

Froilán: ¿Extraño no?, una pregunta dio origen a esta conversación, y la primera respuesta es otra pregunta; al parecer este tema nos traerá más incertezas que certezas. Una de dos, o encontramos la respuesta, o salimos de aquí más doblados que billete de año nuevo porque esto tiene pa' rato.

Fermín: Lo que dije es la antesala de lo que propugna Rigoberto, ya que como bien interrogaba, el sentido de la vida toma fisonomía conforme a las cosas que nos adscribimos; en esa esfera, unas prevalecen o condicionan el resto. Por ejemplo, la religión puede en algunos casos influir en la política; éste a su vez en el deporte, etcétera. Alguien que pertenece a determinada congregación y ocupa un cargo político, extrapolará sus parámetros morales, es decir lo que es bueno y malo, al ordenamiento de su función pública; es más, se agrupará con otros que piensan igual en pos de pujar en el establecimiento de políticas públicas que delinearán el devenir social en base a sus cánones religiosos. Y aquí comienza el peor de todos los problemas amigos: la religión se impone más de lo debido a la política.

Rigoberto: En efecto. Al traer a la palestra países árabes, sean estos africanos o asiáticos, de inmediato pensamos en gobiernos teocéntricos. Evidentemente no todos, pero notamos allí que el sentido de la vida está impuesto; tal vez no de manera recalcitrante acérrima, aunque sí con una coerción fuerte por la tradición y costumbres de predecesores.

Froilán: ¿Teocéntrico quiere decir que Dios está en el centro?

Rigoberto: Sí. Que se toman decisiones políticas y de justicia en concordancia con la religión. En el ejemplo citado, el Islam consentido en el Corán. Pero no es una realidad muy ajena a occidente; recordemos que el “dios capitalismo” tuvo sus primeros albores con el protestantismo; palmariamente

existían manifestaciones previas de economía ligada al intercambio; de ningún modo con el auge que se generó después de la reforma de Lutero. Reforma volcada en Calvino con especial preocupación en el espíritu capitalista. En resumidas cuentas, la religión incide en todo. Otro enérgico ejemplo, es que la opinión pública en occidente define como falta de derechos humanos lo que se ocasiona con los tribunales musulmanes a los que hacía alusión antes; sin embargo, en nuestros territorios pasa algo peor: se arraigó la premisa del tener como condicionante de relaciones sociales. ¿Pero qué es peor, actuar bajo cánones religiosos o, económicos? ¿Y que acaso en occidente no ocurre una mezcla entre lo divino y lo económico que convoca a lo profano en aras de una teología que tergiversa el mensaje cristiano con fines de poder avalados por la política? Muchos partidos políticos osan poner el nombre de Jesús en sus idearios... sí aquél estuviera vivo, no dudaría en llamarles “raza de víboras”.

Fermín: Vuelvo a remarcar: traemos una carga cultural fuerte que en su momento incide en nuestro actuar. Muchos difícilmente pueden hablar con el que piensa distinto.

Froilán: Hay dos cosas claras en la vida amigos: una es que despertamos en un mundo lleno de novedad en el que aprendemos todo cuanto hacemos y decimos guiados primeramente por otros; y la otra, es que nos dirigimos hacia la muerte. Añadir algo, es decir que en el intermedio ocurre lo que dice salomón: “la vida es un correr tras el viento”.

Fermín: Mira nada más que ilustrado te nos pusiste. Ahora eres de cierta escuela que versa eso de que: “somos seres para la muerte”. Yo le agregaría algo que dice otro gran pensador: “el hombre es una pasión inútil”.

Froilán: La vida tiene mucho de eso; pero se están olvidando de algo: las decisiones a lo largo de la vida.

Fermín: ¡¡Genial Froilán!! Importante salvedad para profundizar. La vida nos da muchas cosas en el intermedio. Y como buenos animadores de ese escenario que nos tiene respirando pongamos un poco de ritmo a la noche.

Rigoberto: Esta tertulia se armó, estoy en primera fila para escuchar como matan la música (Froilán saca su armónica y se dispone a acompañar a Fermín).

De esta forma entonan a dúo un festivo tema del amplio repertorio que poseen. Al cabo de unos segundos poco a poco se fueron sumando el resto de las voces que se encontraban en el lugar. Incluso Florencia detrás de la barra mientras atendía, coreaba con sus dos trabajadores la conocida canción. Esas personas que le ayudan en el bar son su hija Camila que estudia Sociología en la Universidad Mariposas, y Maximiliano quien trabaja en una barraca llamada Termitas de lunes a sábado hasta las 7 de la tarde. Después de su trabajo puede ayudar en el bar. A Camila le gusta demasiado el estudio; siempre pone atención a las conversaciones del particular grupo de amigos. Nunca ha intervenido en alguna; prefiere escuchar y llevarse sus conclusiones que le han servido para muchos de sus ensayos

académicos. Maximiliano es un verdadero holgazán en las materias del saber. Trató de salir lo más rápido de la Escuela. A duras penas fue su percurso. Importante es señalar que nunca repitió un año. Es flojo, el más perezoso en esa tarima, pero tiene un sentido sagaz; evidencia cosas que al resto le toma más tiempo.

Capítulo II

Entre Maximiliano y Camila comienza una charla detrás de la barra producto de los argumentos expuestos en la mesa de Fermín y los demás. Interés manifiesto producto del matiz asumido en las temáticas promovidas por parte de cada uno de los integrantes de la conversación. Más allá de un simple comentario al respecto, generaron un real interés que va más allá de ser meros espectadores. Abren su propio espacio de reflexión en torno al tema.

Maximiliano: Oye chica, le ponen estos monos. Se van en la profunda.

Camila: Sí, se complementan bien. Fermín es inteligente; les pregunta cosas para descubrir nuevos horizontes. Su motivación filosófica es avivada por los razonamientos que encuentra en ellos. A los otros dos les agrada compartir con él por la misma razón. Además, les desconcierta que siendo tan joven maneje temáticas que van desde lo más simple del campo, hasta razonamientos que dan vida y sentido primero a las cosas.

Maximiliano: Sí. Te capturo. Comprendo lo que quieres decir. Tiene un repertorio amplio. Ama la pregunta.

Camila: Pasa algo extraño justamente con eso que acabas de mencionar.

Maximiliano: ¿A qué te refieres?

Camila: Él siempre busca respuestas, pero termina con más incertidumbres.

Maximiliano: Verdad. El que calma esa angustia es el tata rural. Ese que le dicen Gárgamel... ¿cómo se llama?

Camila: Froilán.

Maximiliano: Es chicha fresca. Re-ignorante, pero es el que entrega luces que desordenan todo. En cualquier momento lo tenemos de padrastro; tanto que webea' a nuestra vieja la hará caer. La mamá está prácticamente separada.

Camila: No seas imbécil.

Maximiliano: No es mala idea. ¿Te imaginay' cómo hincharía con el personaje? Es el alma de la fiesta.

Camila: ¡¡Ya córtala!! Que te adopte. Ándate a vivir con él pero a la mamá déjala tranquila.

Florencia: Ya paren. Te escuché. No sigay' con el temita cabro idiota, que si le day' cuerda a ese vejete agarrará papa altiro'.

Maximiliano: Pero si igual es encachao', ¿o me va a decir que no le pasa nada cuando le tira el corte'?

Florencia: Una más atrevido e' mierda, y te queday' sin pega. Harto me ha insistido el pololo de tu hermana pa' trabajar acá; en cualquier momento te mando a la cresta.

Maximiliano: Ya pero no se enoje mi viejita linda. ¿Quién es el más regalón de sus hijos? A ver deme un piquito. Estíreme la trompita.

Florencia no puede evitar reírse. Lo abraza fuerte y le deja claro que ambos hijos tienen la misma importancia. Para ella lo más lindo que le puede pasar, es que ambos cooperen con el negocio. Del igual modo, que sean unos hijos tranquilos y que se lleven tan bien entre ellos.

Luego de la muestra de afecto familiar, Florencia va a buscar unas cosas a la bodega. Deja solos nuevamente a sus hijos.

Camila: Oye Maxi.

Maximiliano: Dime chica.

Camila: Chica. ¿Feliz?

Maximiliano: ¿Cómo? ¿No entiendo?

Camila: ¿Me dijiste que te dijera chica?

Maximiliano: Ahhh... cómo que me querí' webiar'.

Camila: Te gusta a bo' no más el webeo'.

Maximiliano: Te salió buena mi pequeño pony.

Al escuchar semejante tontería, Camila le avienta por la cabeza la esponja llena de espuma con la que estaba lavando los vasos. Maximiliano después de haber recibido el proyectil, le lanza el paño húmedo en la cara con que estaba secando los mismos. Al instante, ella llena un vaso con agua y se lo avienta en la cara. Él reacciona tomando una cerveza en

lata que agita de forma brusca y se la comienza a derramar por todo el cuerpo.

Maximiliano: ¿Querí' guerra chica?

Camila: No, no, me rindo, me rindo.

Ahora la atención del bar no estaba en la mesa de nuestros personajes, sino en la barra con los hermanos. Todos observaron la escena, pero no le dieron mayor importancia porque entendieron que se trataba de un juego.

Camila: Te aweonaste'.

Maximiliano: ¿Pero quién empezó con la agresión?

Camila: Está bien, pero yo soy mujer.

Maximiliano: En ningún momento te pegué. Solo me defendí. Fui proporcional al daño que estaba recibiendo.

Camila: ¡¡Estúpido!! - dijo mientras no pudo dejar de sonreír producto de la respuesta.

Maximiliano: Oye socióloga, no que ustedes quieren igualdad de género. Aguanta entonces. ¿Por qué tengo que soportar que me agredas? Si algún día una novia comienza a pegarme le tiraré agua con un jarro o directamente de la manguera. De verdad compadezco a tu pololo.

Camila se fue sonriendo a cambiar. Su hermano a fin de cuentas le alegraba la vida con sus locuras. Camino a la

casa que estaba atrás del bar, se decía: “qué sería la vida de mi mamá y yo sin la locura de este tarado”. Maximiliano en tanto, mientras limpiaba y arreglaba el desorden ocasionado, comenzó a darle vueltas en su cabeza lo que dijo su hermana sobre Fermín. Pensaba qué si era necesario preguntarse el sentido de las cosas de vez en cuando. Por un lado sentía que era importante, y por otro, que era innecesario tanto cuestionamiento. Así estuvo hasta que volvió su hermana.

Camila: Maxi, ¿se te pasaron los cinco minutos?

Maximiliano: ¿Vas a seguir?

Camila: Bueno, olvídalo. Sabes, dijiste algo clave delante.

Maximiliano: ¿Cuál de todas mis brillantes apreciaciones? ¿Lo de feminista, igualdad de género, pequeño pony?

Camila: No, no, es en serio idiota. Es sobre lo que identificaste de Froilán. “Quién calma la angustia”. Buena categorización. Entrega a cada instante respuestas que en Fermín hacen aparecer nuevas inquietudes e ir más allá.

Maximiliano: Cuando te fuiste a cambiar, me preguntaba eso: ¿es necesario el cuestionarse ese tipo de cosas? ¿Si nunca obtiene respuestas que lo satisfagan, para qué seguir en esa dinámica? ¿Por qué no vivir mejor sin preguntarse y acongojarse tanto?

Camila: Exacto. Allí radica el meollo del asunto. Yo pensaba igual. Después de escuchar tantas veces sus conversaciones me doy cuenta que en Sociología con mis compañeros

pasamos por alto muchas de las cosas que ellos tratan. Solo damos cuenta de los hechos sin mayor reflexión; carecemos de profundidad existencial. Hablamos de muchos “porque”, pero sin darnos cuenta pasamos por alto los “¿por qué?”. La mayoría de los campos del saber en Ciencias Sociales anteponen respuestas a las preguntas. No sirve de nada investigar si no se desentraña el sentido inicial de lo tratado.

Maximiliano: ¿El otro tata como se llama?

Camila: Rigoberto.

Maximiliano: Aquél es la medianía entre ambos. Fermín el inquieto que busca respuestas; Froilán su majestad certeza desde la nada; y, Rigoberto, el calculador que pone las cosas en orden.

Camila: No lo había visto de esa forma. Tienes toda la razón; debe ser porque se dedica a las letras.

Maximiliano: ¿En serio? No tenía idea. Al final él es el más tranquilo. Si bien molesta y bromea igual que los otros dos, sus parlamentos están más cargados de serenidad. Lo que recepciona lo sistematiza. Encuentra respuestas importantes de largo análisis en comparación con Froilán. Puede que no llenen a Fermín, pero a fin de cuentas son paraderos de recorridos extensos que iluminan.

Camila: Entonces querido e idiota hermano, me puedes responder lo que se preguntaron inicialmente en esta visita al bar: ¿la vida tiene sentido?

Maximiliano: Claro que puedo responder. Mi respuesta es muy diferente al camino que ellos tomaron en el coloquio. Además la pregunta no es como tú la esbozas, sino que: ¿Para qué vivir la vida si no tiene sentido? En esa línea están asumiendo todos que no lo tiene. Allí radica el problema. Para discutir esta cuestión la pregunta debe ser como tú me la hiciste a mí: ¿la vida tiene sentido? Y sí tengo una respuesta concluyente.

Camila: A ver genio, ¿y cuál sería?

Maximiliano: La vida sí tiene un sentido.

Camila: ¿Cuál?

Maximiliano: Te lo diré cuando hayan terminado de conversar. Porque estoy más que seguro que abordarán en un rato más el cómo está enfocada la pregunta. Fermín no tiene la respuesta de lo que yo pienso, pero entre los dos tatas le están entregando certezas fuertes de algo. Tenor que igualmente está en total disonancia con lo que siento.

Camila: Me sorprendes. Esperaré entonces. Parece que tienes la pura cara de weón' no más.

Capítulo III

Luego de cantar un par de canciones y brindar varias veces, Rigoberto, Froilán y Fermín, continúan su conversación por los linderos de la pregunta inicial. Lo que se desprende de ella y otras varias vicisitudes que la envuelven.

Rigoberto: Retomando lo último que emanó de la conversación, ¿me puedes decir Froilán a qué le llamas el espacio intermedio de la vida?

Froilán: Por supuesto. Como expresé delante y con el alcancé filosófico de Fermín de que “somos seres para la muerte”, lo único claro que tenemos en la vida es el espacio intermedio que vendría siendo el momento que va desde que somos paridos, hasta que morimos. No estoy diciendo nada brillante, es lógico. Pero lo posiciono de forma indiscutible cuando uno posee conciencia; cuando puede decidir por sí mismo, fuera de imposiciones familiares, sociales y todas las cachas de la espá’ juntas.

Rigoberto: Eso que aludes es consciencia, no conciencia.

Fermín: ¿En ese sentido, qué es un niño que todavía no tiene conciencia consciente? Es decir, que apenas está entendiendo el mundo.

Froilán: Si es que agarré la idea, y pienso que a eso se refieren con lo de conciencia y consciencia, se trataría en mi opinión de un árbol de navidad con patas.

Rigoberto: ¿Para dónde nos fuimos?

Fermín: Aló... ¿qué se supone que quieres decir?

Froilán: El niño no decide nada. Es ornamentado igual que a un árbol de navidad; se le ponen los adornos, la estrellita, y resto de cosas a gusto del consumidor. Los padres hacen y desasen con los hijos. El camino que asumen no todos por supuesto, está marcado mayoritariamente por la herencia cultural y simbólica que reciben de sus padres o personas que los criaron. Son una extensión de otros. El niño no tiene libertad en sus primeros años; a su vez, es muy restringida cuando entra en la adolescencia.

Fermín: Al parecer la mayor de las veces es así; aunque como nos diría un filósofo que ya hemos reseñado, llega la pregunta existencial en un momento cuando la conciencia es consciente y se cuestiona el devenir hasta ese momento vivido, a saber: “¿Qué es lo que hago con lo que hicieron de mí?”

Froilán: Tal cual. Y si quieren un ejemplo más potente, un niño es igual a un perro en gran parte de sus primeros 8 años. Quizá hasta los 5 o 6, podría ser menos, no sé.

Rigoberto: Ahí se te cayó el weón’.

Froilán: ¿Dónde quedó el hombre de letras? ¿No se supone que deberías ahondar en mi razonamiento antes de agarrarme a chuchás’ vejete?

Rigoberto: Ahora te pusiste sensible Gárgamel. Cómo se te ocurre comparar un niño con un perro.

Froilán: ¿Me vas a preguntar o te quedas con las chuchás’?

Fermín: Calma Froilán, a mí interesa profundizar en tu última sanción. Desarrolla por favor.

Froilán: Viste borracho pascuero, el cabro es más sensato que bo'.

Rigoberto: Detente. El argumento del perro va en concordancia con lo del árbol de navidad. Hasta el árbol acepto, lo otro es justamente lo que me reclamas: una ofensa, en este caso, contra el género humano en su amplitud.

Froilán: ¿Tan seguro estay' de lo que voy a decir viejo e' mierda? Viste que erí weón'; el otro día vi en la tele que un loro tiene el razonamiento de un niño de 3 años.

Rigoberto: Si es por eso podemos sumar los chimpancés, los delfines etc. Por allí no pasa el problema.

Froilán: Precisamente allí radica el tema aweonao'. ¿Me vas a decir acaso que somos superiores al resto de las otras especies?

Rigoberto: Eso no tiene margen de duda. Es absurdo platearse lo contrario.

Froilán: Viste que erí weón'. ¿Qué se supone que entiendes por superior? ¿Razonar? ¿Tener la palabra como estampa de la comunicación? Pamplinas. Son puras weás' ese tipo de cosas. Por superior entiendo nobleza, bondad, sinceridad, justicia. Y déjame decirte que el ser humano en su extensión como especie, está bastante lejos de esos parámetros. Porta

humanidad extraviada en lo mismo que como especie pretende diferenciarse.

Rigoberto: Sea como sea, el humano está en la cima, te guste o no.

Froilán: Sabes, prefiero mil veces más a mis perros que a muchos weones' que he conocido. Son mil veces mejores. Y que quede claro, no los someto ni tengo amarrados. Comparar al ser humano con un perro es un halago. El perro no traiciona a su amigo. Yo no soy amo de ninguno; son mis amigos.

Fermín con mucho ahínco comenzó a anotar en una libreta que siempre porta en su morral varias cosas que se le vinieron en mente luego de las intervenciones de Froilán y Rigoberto. Interrumpe la conversación dando un marco de encuadre y orden para continuar el rumbo acordado.

Fermín: Creo que apareció en la conversación un elemento de importancia sobresaliente para responder la pregunta inicial de esta conversación: la naturaleza humana. Antes bien, el espacio intermedio denominado así por Froilán, debe desarrollarse con el objeto de entender a qué apunta con lo del parecido entre un niño y un perro, de esa forma sabremos si estamos entendiendo lo mismo.

Rigoberto: Momento. Froilán está planteando parámetros morales y axiológicos que...

Froilán: Para viejo, ¿qué se supone que es axiológico?

Rigoberto: Ligado a los valores.

Froilán: Ah.

Rigoberto: Te decía que estás posicionando la conversación solo en una de sus posibilidades. No puedes desconocer la capacidad del ser humano de crear innúmeras manifestaciones artísticas en diversos ámbitos; la capacidad de inventar cosas que nos han hecho la vida más fácil, solo por mencionar un par ejemplos.

Froilán: Sí, estamos claros. Pero la mitad de las cosas que nombraste van entorno al egoísmo y la codicia. No se piensa en el otro; hay siempre una espera de beneficio personal. Incluso en el amor y la amistad.

Fermín: ¿Les puedo pedir un favor? Este tema que están tocando me interesa demasiado; he anotado todos los puntos que han aparecido y que se pueden escapar. Ruego escuchar primero antes que se pierda en el viento alcoholizado, la comparación de Froilán entorno a un niño y a un perro.

Rigoberto: Bueno, si has anotado lo que hemos venido diciendo, ordena los puntos y dispón de los tiempos de habla para desarrollar cada uno.

Fermín: Genial. Ya Froilán, te escucho.

Froilán: Que anecdótico; has insistido mucho con ahondar en este punto. Bueno, es muy simple lo que voy a decir. Cuando hablo que un niño es igual a un perro, me refiero a que el

primero como el segundo, son amaestrados. Se les condicionan a través de estímulos para los fines que tenga quien los amaestre. No sé, ustedes a veces sacan conceptos psicológicos y definen esas cosas. En fin, incluso en la bondad los pequeños son iguales a los perros. Pueden enojarse y pelear, pero no hay maldad todavía en ellos. Se les enseña todo.

Fermín: En esa dirección estimado amigo, ¿diríamos que un niño no es libre?

Froilán: Desde luego que no. Es más, un hijo es la mayor representación egocéntrica que expresa el ser humano: “el hijo es mío, de mi sangre”; “es parte de mi familia, una extensión mía”; “lo crío como quiero, no es tuyo, no te puedes meter”, se le escucha decir a la mayoría.

Rigoberto: ¿Eso es malo? ¿Tú no hiciste lo mismo?

Froilán: Lo hice. Pero ahora viejo reflexiono que es un atropello, una imposición arbitraria. Te devuelvo la pregunta viejo chicha: ¿Por qué no adoptaste? Hay miles de niños en orfanatos que no tienen padres.

Rigoberto: Porque quise construir algo con la persona que amo. ¿Qué tiene de arbitrario entregar tus valores si van acorde con lo que es socialmente visto como bueno?

Froilán: Sigues avalando lo que digo. ¿Y por qué no hiciste eso con un niño proveniente de otras entrañas? Quién sabe el porqué llegaron a estar desamparados. Hubieses dado luz

a la desdicha existente antes de planear cualquier proyecto de amaestrar una futura extensión tuya.

Rigoberto: No es la mejor manera de transitar por lo que estábamos hablando, pero no puedo dejar pasar la importancia que reviste este asunto. Es menester transmitir...

Froilán: Para... ¿qué es menester?

Rigoberto: Necesidad. En este caso a que es necesario platear algo al respecto. Lo que iba a decir es lo siguiente: Puedo entender tu propuesta entorno a la crianza, la relación egocéntrico - extensión, no obstante, evades el grado de responsabilidad que es traer una criatura al mundo. No configuro que todos los niños en orfanatos sean producto de la irresponsabilidad que tuvieron sus padres al no prever la importancia que recubre criar a un hijo; desde luego hay casos desgraciados donde las circunstancias no son las más favorables y no queda otra opción. Pero no puedes quitar el mérito de que tú, Fermín o yo, le debemos a nuestros padres.

Froilán: Insisto. Extremo mis dichos: ¿Sabes quiénes son la mayoría que adopta? Las personas que no pueden tener hijos, ¿o sea esos niños son de segunda categoría? Para no perder la posibilidad de trascender, optan por aquella opción, así, mantienen el curso de vida habitual sostenido por todos siguiendo lo que defendías.

Rigoberto: Estas planteando que en la donación hacia otro ser, el mismo que cuando sea mayor de edad puede hacer lo que le plazca, ¿hay egoísmo?

Froilán: Evidentemente. ¿Qué no estabas todo chocho borracho pascuero cuando nació tu nieto? ¿Eso no es la continuación de la proyección egocéntrica? Es tu nieto, no de otro. Al final es donación que te termina donando auto-reconocimiento.

Rigoberto: Puede ser coherente y tener asidero tu argumento...

Froilán: Para de nuevo... ¿qué es asidero?

Rigoberto: Es la parte por donde se toma algo. Es decir, tiene importancia en base a lo tratado. En este punto, tengo que recalcar que es una ley de la vida procrear. Lo que escapa y suma para tu planteamiento, es el desgaje de la familia o, embarazos no deseados, lo que ocasiona finalmente que tengamos tantos niños en orfanatos.

Froilán: Vuelo a ser enérgico: es egoísmo. Procrear es procrear, no criar. Los animales procrean y con suerte, enseñan un par de cosas más. Te demuestro viejo impotente que se trata de un tema puramente individualista. Hagamos cuenta que tuviéramos nuestras madres vivas, ¿si una tuviera que morir, cuál prefieres, la tuya o la mía?

Rigoberto: Ninguna.

Froilán: Muy bien. Alguien con sentimientos profundos (festina sonriendo). Pero vejete, no le saques el quite a mi pregunta; esa opción no es válida, las alternativas quedaron claras: ¿la tuya o la mía?

Rigoberto: Si lo pones así claro está que la tuya. Pero no demuestra tu tesis. Acá mezclas afecto y vínculo con egocentrismo.

Froilán: ¡¡Ándate a la cresta!! Estay' defendiendo lo indefendible. Voy y vuelvo viejo retamboriao'.

Froilán se levanta algo molesto y se dirige al baño. En tanto, contrariados nuestro par de amigos prosiguen con la conversación.

Fermín: Importante elemento es el de la familia en el cuadro general de las consideraciones tratadas.

Rigoberto: ¿A qué te refieres?

Fermín: Creo que han dado en el clavo con lo que estaban discutiendo.

Rigoberto: No sé si será lo primordial, pero me gustaría escuchar lo que piensas.

Fermín: Descuida, en un momento, esperemos a Froilán.

A la espera de Froilán, brindan y luego Rigoberto enciende un cigarro. Un par de mesas contiguas a la de nuestros protagonistas, comenzaban a poner atención a la discusión. Tenían ganas de intervenir, pero percibían que estaban concentrados y le daban tanta importancia que no quisieron interrumpir. Luego de unos minutos Froilán vuelve y se apresta a sentarse cuando observa a Rigoberto fumar.

Froilán: Fumay' solo Tata Colores.

Rigoberto: ¿Me has pedido viejo odioso?

Froilán: Dame uno entonces.

Rigoberto: Los acabo de dejar en la mesa, saca los que gustes.

Froilán: Era para ver si me dabas. Tengo los míos. Recuerda que fumo tabaco natural.

Froilán fuma desde muy joven tabaco rubio. Lo prepara él mismo con papel kraft. Siempre porta en abundancia en un pequeño bolso que lleva en un costado. En un santiamén tiene uno listo cuando se le antoja; posee una experticia única.

Fermín: ¡¡Salud entonces!!

Brindan y se les suman al choque de copas unas voces de las mesas contiguas. Luego de beber, prosiguen con lo tratado.

Froilán: ¿Qué conversaban mientras acudía al llamado de la selva?

Fermín: No mucho. Te esperamos para seguir.

Froilán: Que bien. Porque creo que es importante lo que le decía al Rigo' aunque no lo reconozca.

Fermín: Justamente allí reside gran parte de lo que se juega en la vida. Y concuerdo con ambos entorno a las posiciones que defendían; no obstante, me inclino más por el trayecto asumido por Froilán. Tengo que dejar de manifiesto que nada es tan claro o tan oscuro. La verdad es lo más ambiguo. Se trata de una convención acorde con los tiempos. Positivo sería que existiera una verdad que al final del horizonte se debiere imponer, o dicho de otro modo, que no sea irrefutable. Aquello sería en estricto rigor ideal, pero siento que es muy difícil que ocurra.

Rigoberto: ¿A dónde quieres llegar?

Fermín: Digo que me inclino por lo expuesto por Froilán, debido a que familia proviene de “famulus” “siervo” “esclavo”. La familia es un sistema con subsistemas en su interior. Y como sistema, es un subsistema de algo mayor: la sociedad.

Froilán: Ahora me toca preguntar a mí: ¿Entonces la sociedad como concepto sería superior a las familias?

Fermín: Sí y no. Como en una familia, cada miembro es importante para dar forma al conjunto. Es una tensión mediada entre particularidad y totalidad. Por ende, cada familia sería importante en su especificidad y estaría en tensión con la totalidad social. Los valores son los que entran en cuestión al final.

Rigoberto: Volvemos entonces al relativismo y subjetivismo. En una sociedad occidental parecerá correcto esto y aquello,

pero lo mismo en oriente puede ser una aberración. Ahora bien, dentro de cada sociedad se puede tener una mirada subjetiva de las cosas y el ordenamiento o conducta social entra en disyuntiva.

Fermín: A grandes rasgos, es una relación dilemática entre agente y estructura. Vale decir, entre persona y construcción simbólico social.

Froilán: Entonces, ¿quién determina lo que es bueno y malo?

Fermín: Ocurren varias cosas que no se pueden simplificar de buenas a primeras. Debieran ser las personas las que se autogobiernen en base a los parámetros y criterios que definan. Por el contrario, cada vez el poder político y económico asumen una vida propia que se les escapa a las personas, convirtiéndose en un ente autónomo que decanta en consumismo y arribismo. Y es más, hasta los criterios estéticos están a la deriva.

Froilán: ¿A qué te refieres con lo de estético?

Fermín: Relativo a la belleza, arte, principalmente.

Rigoberto: Yo diría que están, en la línea que sigues, totalmente maquetados por las empresas que tienen intereses directos en ese rubro a través de los medios de comunicación.

Froilán: ¿Diríamos que creamos algo que nos terminó dominando?

Fermín: Suena paradójico, pero así es. El Estado, la sociedad, son edificaciones que emanan de las personas, pero con el correr de los siglos, y, esencialmente en el último recién pasado, han tomado prácticamente vida propia. Los medios publicitarios, la globalización, han producido un choque de realidades donde lo virtual se mezcla con lo real. El sentido cada vez tiene menos sentido y consistencia. Todo es vacío y hedonismo.

Froilán: ¿Qué es hedonismo?

Fermín: La búsqueda del placer como fin último de la vida. Goce con una mezcla de narcisismo si lo prefieres.

Froilán: ¡¡Ah!! ¡¡Ese si lo cacho!! -exclama mientras sus dos interlocutores sonríen.

Rigoberto: Por lo visto, en la relación de aproximación al mundo por otros, de niños nos llevan de la mano por ciertos campos de sentido afines con nuestros cuidadores que adherimos de forma acrítica al principio; de adultos el panorama no cambia si proseguimos por los linderos hasta donde nos llevó esta conversación: los niveles de consciencia.

Fermín: Creo entenderte y estar de acuerdo. Entréganos un ejemplo.

Rigoberto: Uno muy elocuente es el experimento de la muñeca de Clark en una potencia mundial a mitad el siglo pasado. Se ponen dos muñecos, uno blanco y otro negro

frente a niños pequeños. El experimento es de forma individual.

Fermín: Si lo conozco. Es fuerte.

Rigoberto: Se hacen preguntas valóricas donde las respuestas aprendidas de sus padres o, socialmente asumidas como correctas, salen a la luz. Y lo triste del experimento, es que todo es en base al color. Niños negros frustrados reconociendo que el niño blanco era más bueno, más bello, etc. ¿Quién dijo que el color negro es inferior al blanco? ¿Por qué decir negro es malo y blanco no? Pamplinas. Es pura alienación impuesta por ciertos grupos de poder que pretendieron sacar partido de algo. El ser humano en su entorno egoísta de cualquier manera intenta estar sobre el resto. Aquí puedo concordar contigo Froilán; pero es muy distinto a lo dicho delante.

Froilán: Sabí' Rigo, te vi tan metido en lo que decías que no te quise interrumpir. Pero qué weá' es ¿alienación?

Rigoberto: Contradicción de la conciencia. Desconocer o no entender totalmente lo suscitado a tu alrededor. No ver la totalidad circundante del hecho o situación en cuestión que te coacciona.

Froilán: Conchesu'... chucha que están a otro nivel el par de weones'. Me dejaste loco viejo impotente.

Fermín: ¿Podemos decir que de algún modo todos estuvimos alienados hasta cierto punto en los primeros años?

Rigoberto: Exacto mi joven escudero. Y como te decía, muchos todavía lo están. Conjugando con lo que manifestaba Gárgamel inconscientemente y, refrendado por ti, no son conscientes. Solo poseen conciencia de acto reflejo. Por decirlo de algún modo: “hacen las cosas porque son de esa forma y hay que hacerlas”.

Fermín: Parece que tenemos que reformular la pregunta inicial.

Froilán: Esa misma weá’ les iba a decir. La pregunta la plantearon con acento negativo cuando partimos. Viene la respuesta de esa forma en parte respondida. Deberíamos preguntarnos primero por ese no sentido que han venido tirando a la mesa. Y si el sentido que construimos para cualquier weá’ que hacemos tiene fundamento o, meramente es un aleteo de pájaros.

Rigoberto: Evidenciamos con el correr de la conversación que existen varios caminos donde la vida adquiere un sentido artificial. Pero en resumidas cuentas, ¿qué acaso el hombre no ha construido todo un mundo artificial que antes de su aparición no existía?

Froilán: No sé si la pregunta adecuada sería entonces: ¿cuál es el sentido de la vida?

Rigoberto: Sea como sea, la posibilidad tratada por tu alumno Fermín se posa al instante sobre ella. Estoy en gran medida de acuerdo con él, en tanto que el sentido de la vida

es un continuo sin sentido. Pero esa, es una de las posibilidades.

Fermín: Esto es muy esclarecedor. En un mundo construido para mejorar la calidad de vida - lo digo en el marco general - quizá cualquiera me podría decir que volver al instinto sería lo correcto debido a que la supuesta razón imperante hoy en día, si bien se compadece con la hambruna, muerte, terrorismo y codicia en el planeta, al final no hace nada. Si el sentido de la vida posiblemente fuere un sin sentido, entonces ¿qué es el sentido? Debemos por tanto analizar el sentido del sentido.

Froilán: Chanta' la moto principito. Te estay' yendo en la media volá'. Creo que los voy a dejar solos; me estoy ahogando en la profundidad de sus frases.

Rigoberto: Cómo se te ocurre Gárgamel. Es solo el lenguaje que te complica. El tema lo debes tener tanto o más claro que nosotros.

Fermín: Tranquilo viejo. No te alteres. El sentido del sentido no creo que sea tan difícil para ti de responder. Ilumínanos.

Froilán: Todavía no digiero eso del sentido del sentido. Pero sí tengo una intuición de lo que mueve al hombre a hacer las cosas. Lo que podría llamarse esencia y que estaría en relación directa con el sentido, es el interés. El hombre desde que ha tenido uso de razón necesita dos cosas: comer e interactuar con el entorno. Cuando tiene la primera necesidad satisfecha, comienza a relacionarse con la

naturaleza de otro modo. En este caso el planeta donde nos tocó existir; la zona particular donde se encuentra.

Fermín: En efecto. Durante el transcurso de su evolución hasta nuestros días es así. Esa interacción se acrecienta con un hito en la trayectoria humana: la invención del lenguaje.

Rigoberto: Yo le llamaría a ese momento la creación del pensar. Como diría un filósofo y bien lo debes saber Fermín: “no hay nada fuera del texto”.

Fermín: “Pensamos con palabras” diría otro refrendando lo que expones. Sin embargo, existe un margen entre el sentir y lo que pueden llegar a racionalizar las especies que no poseen la palabra. Una psicóloga que se dedica a estudiar el tema nos llamaría la atención argumentando que en las especies que poseen cerebro, se produce en un momento determinado una conciencia de distinción cuando diferencian el mundo interior y el exterior. Albergan una concepción del objeto o de lo dado en relación al comportamiento que transmite. Por lo tanto, poseen representaciones concretas. No es difícil de cotejar lo sostenido por la autora. Un perro expresa ella, tiene memoria y comportamiento social, como otras especies pueden generar conceptos en una escala pedestre en comparación a la que concebimos nosotros. Por lo tanto, nos exhorta directa o indirectamente, a redefinir conciencia, pensamiento y lenguaje.

Rigoberto: Hawking resumiendo el asunto, nos dice que los animales tienen conciencia.

Froilán: De nuevo se fueron en la meteórica. Lo dicho sirvió sin quererlo para dar auge a lo que quería manifestar. Hay algo que está por encima de la palabra, se encuentra en el instinto. Lo podemos ver en cualquier animal, y considero que está en nuestra esencia y sentido primero. Como mencioné, después de satisfacer nuestra necesidad de alimento en todos los momentos de nuestra evolución, viene el interés por los que nos rodea. Cada época se interesa por algo. En la medida que se descubre, la generación siguiente asume otras empresas de interés. No estoy seguro, pero considero que donde radica todo sentido para el hombre, donde adquiere movimiento y pasión muchas veces, es algo muy evidente que no entiendo cómo no lo han notado.

Rigoberto: ¿Y qué se supone que es?

Froilán: La curiosidad

Capítulo IV

En una mesa contigua a la de nuestros protagonistas, otro par de comensales se interesaron por los asuntos que se estaban discutiendo. Ambos hombres, relativamente jóvenes, son amigos desde hace bastante tiempo. Amistad forjada debido a que son compañeros de trabajo en el supermercado “Locura Económica” cercano al bar. Trabajan en secciones separadas, así que con suerte se ven un par de veces en el transcurso de la jornada laboral. Coincidieron la primera ocasión que se vieron hace unos cuantos años en la colación; instancia donde fortuitamente compartieron mesa. Con el paso de las semanas, cuando tenían el mismo turno, la conducta se fue repitiendo. En la actualidad, día por medio prácticamente, se ponen de acuerdo para ir a beber un par de cervezas al local de Florencia con el fin de desestresarse, a menos por cierto, que alguno de los dos le toque turno de noche. Eso acaece una vez al mes para cada uno, el que consta de una semana. Se trata de Alberto y Miguel. El primero trabaja de reponedor de abarrotes, y el segundo, como promotor de perfumería.

Alberto: Oye zorrón, estos personajes caricaturescos se fueron en la bélica.

Miguel: Me dejaron entero’ loco perro.

Alberto: ¿Tanto así máquina?

Miguel: De más. Lo anecdótico es que uno está acostumbrado a que sean los más viejos los que te entreguen sabiduría. Aquí el que más le pone es el joven.

Alberto: ¿No escuchaste? El mono' es profe de Filosofía.

Miguel: Ahí está la madre del cordero. No había cachado. Pero los otros tatas también le ponen a su manera.

Alberto: Eso quedó claro. Es divertido ese al que le dicen Gárgamel. Se nota que es entero e' huaso pero está pulido el tonto. Sale con cada weá'. Siempre ha terminado descolocando a los demás.

Miguel: Si hasta habla de manera media intelectual con ese acento ahuasao' que tiene.

Alberto: Sabí', como te habrás dado cuenta, esos temas los tratamos en un par de oportunidades; no con la profundidad con la que lo hacen ellos, pero sí en algunos aspectos nos acercamos.

Miguel: Si recuerdo una de esas ocasiones. Me tuviste que llevar entero e' curao' pa' la casa. De aquí después que cerraron, quedamos con sed y con ganas de conversar así que partimos donde las perversas (sonríen mientras recuerdan esa anécdota). Fuimos y nos compramos la linterna con cuatro pilas.

Alberto: Bueno estuvo ese mambo. Calcula que en casa e' puta alcanzamos la mejor parte de la conversa'. Y era que no, con esas tontas que te sirven, se te sientan en la pierna y te tratan de tú ¿quién no?

Miguel: Quedé parao' en la pura caeza'. Estuvo cuática la botella. Gasté cualquier monea' invitándole tragos a la colorina con la que estuve conversando.

Alberto: En todo caso.

Miguel: Pero no me arrepiento, valió la pena. Me salió carozy'; la tonta tomaba puro whisky.

Alberto: En eso tienes razón. Valió la pena. Recordando el motivo por el que la noche se hizo tan corta y entretenida, fue que empezamos a analizar la rutina de la que somos esclavos. Tema del que las maraquinwis' aportaron y demasiado.

Miguel: El sentido de la vida le decían estos monos delante. Muchos ni siquiera se llegan a preguntar eso. Trabajan, comen, duermen, se levantan, entremedio de alguna de esas instancias más de alguno hará el amor, ¿y luego qué? Siempre lo mismo. Una y otra vez lo mismo. Es triste. Siguiendo una de sus opiniones, vacío y sin sentido.

Alberto: Considero que mucho de cierto hay en eso. El punto crucial lo dijo bien claro uno de esos dos vejetes pero no recuerdo cuál: nos movemos inicialmente para comer; luego, cuando esa necesidad está cubierta, recién empezamos a pensar que haremos con nuestros tiempos libres.

Miguel: Tiempos que no tenemos mucho a disposición los que nos encontramos en nuestra situación económica. Con lo

que ganamos, con suerte nos alcanza para mantenernos... ¡¡estamos sometidos por el estómago compadre!!

Alberto: Es penca' la weá viejito, pero así es. Más aún en mi caso que tengo dos pensiones alimenticias que pagar.

Miguel: Esa weá' te pasa por caliente po' weón'. Y más encima de dos minas distintas. ¿No te gustó la weaíta'? Yo por eso no tengo. El kilo guagua está entero e' caro.

Alberto: Bueno, así es la weá, ya estoy cagao', qué le voy hacer. Tengo que responder callao'. No queda otra. Estoy más sometío' que bo' en todo caso.

Miguel: Estay' nítido. Aunque creo que eso te da fuerzas para seguir, ¿o no?

Alberto: Claro. Desde que nacen te cambia la vida. Ves todo diferente. Dejas de vivir tu vida; vives más la de ellos. Eso en el plano nuestro. Volvemos a lo mismo; a los que nos falta todo, y que si no trabajamos nos morimos de hambre. Pero para los que tienen de sobra, es una responsabilidad menor. Con plata se siembra en las nubes.

Miguel: Ese fue el gran punto de ese carrete interminable. Los momentos donde quebramos esa rueda rutinaria eterna. No creo que se les fuera al par de viejos con el profe este punto en el tema; quizá lo deben dar por hecho por eso lo pasan por alto.

Alberto: ¿Te refieres a la diversión?

Miguel: Sí. Nosotros transformamos también en rutina venir a beber ciertos días a este lugar. Eso no nos molesta; por el contrario, nos agrada. Por lo visto, ciertas cosas aunque sean rutinarias no nos molestan. Cuando éramos niños jugábamos todo el día y no pensábamos en nada más. Ahora en el trabajo, lo único que queremos es que pase la hora pa' unas pilsenes', u organizar un partido en la semana el día que salga.

Alberto: Esa fue la reflexión de esa noche. Nuestra vida se alegra con el juego y compartir.

Miguel: El sentido del sentido es continuo vacío si seguimos a estos weones'; el motor de la vida si es que adquiere un sentido, es la alegría y el juego. Compartir.

Alberto: Otro gil diría la música, el arte, pero siempre se está compartiendo aunque se esté solo. Ya sea con la naturaleza, las cosas, etc., y luego se querrá compartir o mostrar por el motivo que sea la creación con los demás.

Miguel: Así es zorrón'. Compartir es lo que nos mueve. Los otros son parte de nosotros. La amistad y el amor son lo que buscamos de manera incesante hasta conseguirlos. Sin amor no tenemos equilibrio; la tristeza se apodera enseguida de cualquiera que se encuentre solo.

Alberto: No está bien que el hombre viva solo. A menos los casos especiales de los monjes.

Miguel: Evidente. A eso le sumamos lo que dijo mi washita' esa noche.

Alberto: ¡¡Ah verdad!! Buena la tonta. ¿Belén se llama?

Miguel: Sí. Manjar de los dioses. La flaca nos dio hartas luces. Aunque a esa altura ya estaba entero e' curao'; recuerdo perfectamente eso de que el alcohol alegra e invita al compartir. No se me va a olvidar nunca lo que ella nos decía: "compartir sin alcohol es como dar un beso sin lengua".

Alberto: Estuvo buena esa salia'. Te llegaste atorar con la piscola esa vez. Salud compadre.

Brindan entre risas y se disponen beber. Estaba a punto de terminárseles la cerveza de litro que cada uno tenía, así que llaman desde su mesa con un gesto amable a Florencia para que les lleve dos más. Acude a su mesa Camila entregándoles el pedido, y les agrega además, un par de empanadas de queso como es la costumbre de la casa. Luego de servir una nueva ronda Miguel, prosiguen con la conversación.

Miguel: Memorable la salida de la cambolligüis'; maestra. Muchas cosas de las que dijo nos hicieron hacer tierra.

Alberto: Varios cortocircuitos diría yo. La concepción que tenía del amor era especial.

Miguel: Sí, recuerdo. Ahí intervino la rubia con la que estabay' bo'.

Alberto: La Belén decía que el amor de pareja no existía. Que “solo eran momentos que se los llevaba el viento una vez que se nublaba”. Y mi rubia, la Jazmín, le contestó que: “el amor tiene un lado triste y otro alegre; ambas son partes que lo forman y conviven siempre”.

Miguel: Ese momento se me había ido. No lo recuerdo muy bien.

Alberto: Que te vay’ a acordar litros’; estabay’ raja.

Miguel: A fin de cuentas, la conversación dejó huellas. Recuerdo que la Belén me decía mientras me agarraba a besos: “que vení’ a hablar de amor bo’ weón caliente infiel”.

Alberto: Te acorday’ de lo que te conviene weón’ (dice luego de que se le escapa una carcajada).

Miguel: Ahí tuve que sacar mi arsenal conceptual; recuerdo que le dije: “¿Qué tiene que ver que ande maraqueando? ¿Eres celosa acaso?”

Alberto: La cagaste con esa weá’ (las carcajadas en ese momento y lo alegre que estaban ambos, lo empezaron a notar desde varias mesas cercanas). La loca te agarró el paquete entero e fuerte mientras te decía: “Entonces por qué chucha’ no le dices a tu polola maricón culiao’ que vení a calentarte con nosotras aquí”. Y bo’ le decíay’ pa’ más recacha’: “pero no te me irrites mi amor que se te corre el maquillaje”. Erí’ entero e’ pastel.

Miguel: ¡¡Sí!! De esa weá' me acuerdo clarito. Me agarró más fuerte la weona'. La rubia que estaba contigo, aunque todo era en el plano del webeo', puso paños fríos.

Alberto: ¿De verdad te acorday'?

Miguel: Legal, me acuerdo. Le dijo: "qué le day' color colorina si el ser humano es polígamo, ¿o tú no has sido infiel nunca?"

Alberto: Genial. Andabay' estable dentro de tu gravedad entonces pos' perrín; tení la púra cara e' curao bo'. Anday con la sopaipilla pasá' solamente (vuelven las risas elevadas).

Miguel: No sé. Después de eso es poco lo que me acuerdo. Solo tengo la imagen cuando me fuiste a dejar a la casa. Me demoré como 5 minutos en abrir la puerta. Entré y caí en el sillón. Morí altiro'.

Alberto: Fue buena la discusión. Lo que defendía la Belén, es que si te gusta webiar', no tienes por qué mentirle a quien dices que amas. A lo que la Jazmín insistió en decir que el amor es relativo; dio a entender que todos lo pueden vivir de diferente forma. Las parejas según ella, se deben poner de acuerdo; o la mayoría de las veces, ocurre que se establece de forma tramposa un patrón de mentira en la relación que da una extraña estabilidad.

Miguel: Bien sabia nos salieron las cabras'.

Alberto: En todos lados hay destellos de luminosidad compadre. Donde menos se lo espera uno encuentra las respuestas que siempre anduvo buscando.

Miguel: Wena' pos' Engel, la niña de las flores. ¿La flor de siete colores está en tu jardín?

Alberto: Que er' aweonao' (las risas en ese momento ya eran insostenibles).

Miguel: Y en hd full, 3 d, realidad virtual etc. ... si lo piensas bien, ellas son las más sinceras si hablamos de moral. No gritan en la calle a los cuatro vientos que son prostitutas, pero siguen una línea de consecuencia con lo que dicen y hacen. En cambio nosotros, nos engañamos solos y arrastramos al resto.

Alberto: Muy cierto brother. El mundo está al revés. Criticamos a quienes con toda razón nos pueden cuestionar. Paradójico. La moral es una ilusión; un supuesto de cartón.

Miguel: Buena lección nos llevamos esa noche.

Alberto: Con cuea' te acorday (bebe con una sonrisa en la cara); pero al fin y al cabo, así es.

Miguel: Comprobamos nuestra tesis. En el compartir radica gran interés de nuestras vidas. Algunos puede que se aíslen de los demás por malas experiencias, pero igualmente tienen a su pareja con la que comparten su vida y construyen alegría. Arman una familia y siguen un curso que les agrada.

Alberto: Eso es cierto. Aunque lo de familia con lo que decía la Jazmín, de que el humano es polígamos por naturaleza, difícil. A muy pocos los vemos hoy en pareja estable por años.

Miguel: Bo' caliente erí el indicado para hablar de eso (vuelven las carcajadas en ambos y beben a la par).

Alberto: Puede ser. Siento que las cosas que nos gustan son las que nos mueven con pasión. Hay weones' que les encanta su trabajo. Prefieren estar ahí que en sus casas. Disfrutan en sus actividades.

Miguel: Eso ocurre con los que pudieron elegir qué hacer. Los que estudiaron algo que les gusta y lo ejercen. Ganan hartito más que nosotros. Así cualquiera.

Alberto: Tienes razón perro. De igual forma, las cosas que nos gustan son las que nos mueven. Aunque el compartir y la diversión están por encima.

Miguel: Le deberíamos decir a estos weones' si nos podemos integrar a su conversación. ¿Te tinca?

Alberto: Estoy de acuerdo; pero esperemos un rato más. Parece que están en la mejor parte. No los interrumpamos aún.

Capítulo V

La última intervención de Froilán empapó la mesa de una profunda e inesperada reflexión. Caló hondo en Rigoberto y Fermín su propuesta. Como es habitual en él, planteó de manera inadvertida algo que desdibujó el escenario. Luego de brindar y beber un par de tragos acompañados de unos minutos de adusta introspección, continúan con la discusión.

Fermín: Lo último que concluiste Froilán es superlativo para seguir avanzando en esta conversación. Si reformulamos la pregunta inicial quitando cualquier sesgo, por ejemplo diciendo: ¿La vida tiene sentido? Como quedó de manifiesto en base a lo que discutíamos, nos aproximamos a la categorización que hizo mi alumno. Ahora bien, la pregunta se puede plantear de varias formas si queremos que sea lo más abierta posible; pero siento que terminamos donde mismo. Podría ser de otra manera tal como: ¿Por qué quiero vivir? ¿Para qué la vida? O, en otros términos, alejándonos un poco: ¿qué es la vida?

Rigoberto: Por muy sutiles que parezcan las diferencias, te arrastran a márgenes distintos y respuestas provenientes de diversos lugares.

Froilán: Propongo que no perdamos la ruta propuesta por tu alumno. Para ello debemos tomar las interrogantes y alcances que has hecho para continuar Fermín.

Fermín: Me parece acertado querido amigo. En ese orden de ideas, lo que ha venido sosteniendo cada uno, es parte de cómo concebimos el mundo y lo que nos rodea. Cada

argumento guarda importancia y tiene su trascendencia propia. Y si nos enriamos en ese flanco, daremos cuenta que hasta el que nos parece más descabellado, absurdo o despiadado, es coherente para quién lo profiere o comulgan con él.

Froilán: ¿Qué es proferir?

Fermín: Simplemente decir algo.

Froilán: Comprendo; no te vuelvo a interrumpir.

Fermín: Descuida. Por lo tanto, en base lo que expresé, la verdad es relativa. El gran problema trasunta en saber o identificar si existen valores o parámetros absolutos.

Rigoberto: Ingresamos a un terreno complejo. La verdad ha sido la preocupación del saber desde sus comienzos.

Fermín: A propósito ¡¡gran verdad!! (Sonríen y beben los tres).

Froilán: Primer problema entonces: ¿por qué algunas cosas con facilidad nos parecen verdaderas a todos, y en otras ocasiones no?

Rigoberto: Primera embestida y al grano. No es tan simple de responder. Las convenciones se generan por acuerdos. Para aunar criterios entran en tensión varios parámetros. Lo verdadero se debe comprobar. Allí lo científico se impone.

Fermín: A lo que sumamos, las complejidades del plano interpretativo. Como diría un filósofo: “la ciencia no piensa”.

Rigoberto: Claro. O en palabras de otro más agudo: “el positivismo no piensa”.

Froilán: ¿Qué es el positivismo?

Fermín: Corriente del saber que da prioridad a lo palpable, medible y cuantificable, es decir, lo comprobable, lo empírico. Allí anida la ciencia hoy por hoy.

Froilán: ¿Y para lo que es bueno y malo, la ciencia tiene respuesta?

Fermín: Justamente en ese ámbito entra el plano interpretativo. Eso lo hace la moral y la ética. Sin embargo, también quedan al debe a medida que avanza el tiempo. A través de las diferentes épocas, las cosas evolucionan. Si hablamos del eje de dirección moral por antonomasia que...

Froilán: ¿Qué es antonomasia?

Fermín: Alude a la descripción característica de algo a través de un rasgo o actitud propia muy notoria.

Froilán: Como que esa no te la caché’.

Fermín: Por ejemplo Salomón, ya que lo nombraste hace un rato, era conocido como “el sabio”. Una característica que lo enviste y describe.

Froilán: Ahora si capté. Mil disculpas nuevamente por interrumpir.

Fermín: No hay problema. Hazlo cuando estimes conveniente. Bueno, como les decía, basta visualizar el eje de moral por antonomasia que resulta ser la Iglesia, para comprender que los dogmas a través del tiempo han evolucionado según cómo evoluciona el saber.

Rigoberto: Cosa no muy distinta se suscita con el plano científico. Nuevas investigaciones echan por tierra a las precedentes generando nuevos cimientos.

Froilán: Hay un problema entonces entre lo que no es material, y no me refiero a lo espiritual directamente, sino a los valores frente a lo físico.

Fermín: Tal cual. Entre lo metafísico y lo empírico. Lo que otorga sentido a las cosas es nuestra definición de ellas en base a la carga simbólica que poseemos.

Rigoberto: La intuición está primero que la prueba. La metafísica por más que quede relegada ante la ciencia, no dejará de existir como lo defiende otro filósofo. Muchos tuvieron que intuir primero lo que estaba más allá de lo comprobable para dar cuenta de los hallazgos que les hicieron célebres.

Froilán: ¿Entonces la verdad no es tan verdadera?

Fermín: Parece que no. Rigoberto, ¿crees que hay valores absolutos?

Rigoberto: Estoy en la disyuntiva. Es una discusión aún no zanjada.

Fermín: ¿Y tú Froilán qué piensas?

Froilán: Por más que quieran relativizar las cosas lo bueno es bueno y lo malo es malo. El actuar de un weón' que va a la guerra y mata a muchos enemigos, no puede ser tomado como bueno.

Rigoberto: ¿Y qué piensas de la eutanasia?

Froilán: No es buena ni mala. Alguien que no puede valerse por sus propios medios y siente que es una carga para los demás, es libre de tomar la decisión que guste. Hay weones' sanos que se suicidan porque están aburridos de la vida, y alguien que no quiere seguir viviendo en esa condición ni siquiera lo dejan actuar bajo su criterio. Váyanse a la chucha'.

Rigoberto: ¿Pero matarse aunque sea a uno mismo no es matar? ¿Qué no estás relativizando la cuestión Gárgamel?

Froilán: Es distinto. Con mi vida hago lo que quiero mientras a bo' no te moleste. Y solo era un ejemplo lo del soldado que va a la guerra. Cada caso es diferente.

Rigoberto: Matar es dar término a la vida. En la pena de muerte por ejemplo estaríamos actuando sobre la ley de talión. Para algunos sería rebajarse a la actitud de quien incurrió en el crimen. Para otros, sería justa la sentencia. En el marco de los derechos humanos, se abogaría por el derecho a la vida independiente de lo que haya hecho el

imputado. Sin embargo, se instalaría el cuestionamiento para los que querrían verdadera justicia: ¿y pensó en los derechos humanos el asesino para con su víctima?

Fermín: Muy de acuerdo en el razonamiento. Si es así, ¿qué dirían del aborto?

Rigoberto: Considero que hay circunstancias que son comprensibles a la hora de querer interrumpir el embarazo.

Froilán: ¿Y cuáles serían esas?

Rigoberto: Cuando es por un tema de violación, inviabilidad del feto, o cuando está en riesgo la vida de la madre.

Froilán: ¿Y el aborto libre?

Rigoberto: Estoy de acuerdo hasta cierto punto. No podemos considerar vida un feto con una o dos semanas de gestación. En el peor de los términos, hasta los tres meses sería correcto abortar... es paradójico que los que están a favor del aborto hayan nacido.

Fermín: Se posiciona en la mesa una de las preguntas que propuse para reformular la interrogante inicial: ¿Qué es la vida?

Froilán: Ya a esta altura no sé nada. Pareciera que la vida es un accidente; decide la madre qué hacer con su vientre cuando la trama no es planeada. Aunque no esté permitido por ley, buscará la forma para deshacerse del hijo no deseado.

Rigoberto: Cuando las condiciones no están dadas ¿es justo traer un niño a sufrir al mundo? Decir que la madre decida qué hacer con su cuerpo es una sentencia fuerte. Podríamos decir que está bien o mal, pero es ella finalmente quien dirá la última palabra.

Fermín: Entonces, ¿dar muerte a otra persona no es malo?

Rigoberto: Ese concepto cae en un yerro. Persona en griego alude a máscara. Un feto de menos de tres meses no es persona. Es vida, pero no persona.

Fermín: Bien, estamos achicando los márgenes de disidencia. Sigamos tu planteamiento; tómalo como tú dices: ¿Es malo dar muerte a otra vida?

Rigoberto: Es relativo.

Froilán: Creo que a esto hay que ponerle un párale. Por mucho que se relativicen las cosas, quitarle la vida a otro que no puede decidir por sí mismo es malo. Solo Dios es quien tiene ese derecho.

Rigoberto: Complicaste el tema Gárgamel. Hace un rato me decías que tener un hijo es la mayor manifestación egocéntrica que puede existir.

Froilán: Sí, y lo sostengo con más fuerza.

Rigoberto: Déjame decirte que tu dios y cualquier otro, es la mayor manifestación egocéntrica que se ha creado el hombre. La mayor creación de dios no es el hombre, sino que

la mayor invención del hombre es dios. Lo creo a su semejanza.

Froilán: Ya empezaste con tus weás' viejo impotente.

Fermín: Y aquí vamos de nuevo; el par de viejos verdes se están agarrando otra vez (susurra mientras bebe y contempla la discusión).

Rigoberto: A cada instante escucho: “dios te perdonará, pero yo no”; “dios lo va a castigar”; “solo le rindo cuentas a dios, a nadie más”, entre tantas otras declaraciones para el bronce. ¿El nuevo mandamiento que dejó Jesús no versa: “ama a tu prójimo como a ti mismo”? ¿A qué chucha' van a la Iglesia si con sus actos están negando a quién dicen seguir? Para qué voy a tocar el asunto de las personas adineradas. A dios rezando y con el mazo dando en sus empresas.

Froilán: Mira weón', no puedo contradecir las cosas que dices porque es la gran mayoría la que actúa así. Pero no son todos; me incluyo. El amor desinteresado lo puedes ver en regalarle una sonrisa a quién la necesita. En darle una limosna y desearle buen día a ese que te estira la mano con hambre. Solo quiero decir que Dios es amor, y el amor es vida. Algo que se ama no se mata. En ese sentido, lo reconozco, lo que más me cuesta de las cosas que dijo don Jesho', “es amar a nuestros enemigos”.

Rigoberto: Eso a cualquiera. No te cuestiono aquello. Ahora bien, si no se mata lo que se ama: ¿Cómo es posible traer al

mundo un ser que no lo quiere la madre ni padre y, que será dado en adopción solo porque es vida?

Froilán: Dios lo amparará.

Rigoberto: Hace cuenta que dios no existe solo por un momento.

Froilán: Es que existe.

Rigoberto: Trata de ponerte en la situación Gárgamel.

Froilán: No puedo weón'. Mi fe es más grande; ni siquiera me lo puedo imaginar.

Rigoberto: Eso se llama "providencialismo". Esta discusión será estéril porque para todo tu respuesta es dios. Si cuestiono por qué dios permite el dolor y las injusticias, dirás que él tiene un plan; que las riquezas y la bondad las recibirán los desdichados en el otro mundo porque de ellos es el reino de los cielos y todo el cuento.

Froilán: Mira Viejo Pascuero, Dios no es una representación egocéntrica del hombre. Jesús, hombre, históricamente comprobada su existencia, dejó un mensaje. Si no lo concibes como Dios, Hijo de Dios, o como profeta como lo hacen otras religiones, sí tendrás que reconocer en gran medida, que por ese mensaje se rige la humanidad hasta nuestros días.

Rigoberto: Desde luego. Irrefutable es lo que dices. Pero con tu providencialismo le haces un flaco favor a la discusión de

cómo nos organizamos en sociedad. La religión es el opio del pueblo, y los dogmas, peor aún, la pasta base.

Froilán: Más que dogmas, Jesús dejó un mensaje de amor. Una... como se dice... intros... introc...

Fermín: Introspección amigo.

Froilán: Gracias pitufo filósofo. Eso, una introspección permanente. Nos hace analizarnos las patas primero antes de hablar de otros. Sea lo que sea lo que consideres a Jesús, ¿qué crees que diría él del aborto?

Rigoberto: No sé. Del aborto libre creo que renegaría. Quizá de cualquier tipo de aborto con eso de cargar tu propia cruz. En ese aspecto, a ti te criticaría por estar a favor de la eutanasia.

Froilán: Estoy seguro que sí. Y de la pena de muerte igual; porque si matan a mi mujer o hijos, los buscaría y los degollaría donde los encuentre. Sé que estaría mal.

Rigoberto: Pero lo harías. En ese punto específico creo que la propuesta cristiana de amar a los enemigos es algo extrema.

Fermín: ¿Y por qué ha de serlo?

Rigoberto: Paradójico querido amigo. Bien debes recordar a un filósofo que va por otra línea: “Pobre es aquel hombre que no tiene nada que le envidien”.

Fermín: Sí; pero me perdí. ¿A qué te refieres con aquello?

Rigoberto: Jesús cuando pateó las mesas de los mercaderes afuera del templo, lo hizo con ira y rabia. De igual modo, no estaba haciendo las declaraciones más amorosas a los Fariseos cuando les dijo: “raza de víboras lavan el plato por fuera y está sucio por dentro”. ¿Eso no generó envidia y recelo hacia él?

Fermín: Comprendo.

Rigoberto: Hay fisuras e incongruencias en su proceder. Por eso traigo a la mesa el argumento del filósofo aludido sobre el reconocimiento y la envidia. Jesús fue enfático contra los fariseos y endemoniado contra los mercaderes. Si no existía odio en su corazón en esos dos casos, ¿cuándo algo es odio?

Froilán: Me tienes deslumbrado Tata Colores.

Rigoberto: Los fariseos odiaban a Jesús porque se convirtió en el centro de la palabra de dios; dejó a un lado a los supuestos investidos de tal patrimonio. Entonces, ¿el odio comienza cuando se envidia a otro?

Fermín: Importante razonamiento amigo. Considero que primero debemos delimitar lo que implica el odio.

Rigoberto: Concuerdo.

Fermín: Odio es la aversión hacia alguien o algo al que se le desea mal; en algunos casos lo peor. No se puede certificar que la única forma excluyente de odio comienza cuando se envidia a otro. En ese contexto, nos situamos en uno de los

tópicos que ha cruzado la mayor parte de nuestra conversación: “es una posibilidad más”.

Rigoberto: Desde luego. El odio puede comenzar cuando alguien estafa a otro; en la mentira que hace realizar cosas que jamás se habrían hecho de no estar presente el engaño; en la injusticia conferida por alguien que no le importó el malestar del otro.

Froilán: Es como dices. Hay varias situaciones que lo ocasionan. En mi opinión personal, siento que la razón más fuerte para que emane el odio es la envidia. La envidia carcome el alma. Es como la fábula del sapo y la luciérnaga.

Rigoberto: Que buen símil sacaste Gárgamel. El sapo le molesta que brille, la quiere cubrir, la envidia, pero como hemos venido sosteniendo, no está claro que la odie.

Froilán: Tienes razón.

Rigoberto: Siento que es multifactorial el odio. Hay un poco de todo. Recuerdo nuevamente al filósofo que cité delante, cuando argumenta que: el cristianismo es la flor más pura del resentimiento. Como no podían terminar con la opresión, “la locura de cristo” como la llamaba San Pablo, era lo que les quedaba.

Fermín: Odio, envidia, amor, muerte, verdad, ciencia, moral, interpretación, justicia... muchos tópicos salieron a la luz luego de querer reformular la pregunta inicial.

Capítulo VI

Mientras la conversación entre nuestros protagonistas seguía su curso y, el resto de personas compartían tranquilamente en sus mesas, ingresa al bar un mendigo bastante pasado de copas. Venía alegre y con ganas de continuar bebiendo. Se trata de un anciano proveniente de la ciudad Primavera (ciudad contigua a la Del Encanto). Nadie le conocía en el bar. Es un nómada que recorre el mundo llevado por el viento embriagado de la locura.

Anciano: Buenas noches tengan los presentes. No quisiera molestar con mi presencia, menos interrumpir los importantes parlamentos que deben estar sobre sus mesas hidratados por el alcohol; solo me gustaría beber. No tengo dinero, tampoco pido limosna; pero si me lo permiten, les puedo regalar unos versos y esperar su generosidad.

Para nadie pasó desapercibida la presencia del anciano. El tono directo y animoso fue escuchado hasta por los que más habían bebido. Se produjo un silencio que suspendió el tiempo. La imagen del longevo personaje harapiento con un morral a cuestas llamó la atención.

Anciano: No sé si el silencio que escucho es muestra de su cortesía o desdén; no sé si les molesto o por respeto me quedan mirando otorgando su atención; del modo que sea, no perderé la oportunidad que me regalan de hablar a tan distinguido auditorio de viñas fermentadas. Mi voz afinada por el alcohol y con timbres de locura, recorre este mundo compartiendo alegrías y aprendiendo de la tristeza.

Un par de mesas comenzaron a murmurar. Para algunos no fue grata la aparición del anciano. Florencia llenaba unos vasos con chicha mientras observaba la escena.

Camila: Mamá, ¿te molesta que esté el viejo? ¿Le pido al Maxi que lo eche?

Florencia: No, de ningún modo. Déjenlo. En pedir no hay engaño. De seguro nos ha de sorprender.

Maximiliano: Tranquila chica, es más respetuoso que muchos de los jugosos que siempre vienen. Déjalo que se tire unos versos.

Desde la mesa de Alberto y Miguel le hacen un gesto al anciano.

Miguel: Anciano, ¿cuál es tu nombre? (Le dice en voz alta desde su mesa).

Anciano: Llámame como quieras. Hace años borré el nombre que tenía. Yo no le elegí. Hasta se me olvidó. Unos me dicen borracho, otros caminante, tengo muchos nombres. Pero ya utilizaste uno, me dijiste Anciano. No sé si mis ojos me engañan, ya veo menos, pero se ve que tienes hartos años menos que yo. Entonces me tengo que referir a ti como joven.

Miguel: Dijiste que nos regalarías unos versos.

Anciano: No tengo casa, no tengo familia,
no tengo nombre, soy un desconocido,

¿pero a quién le importa?
No sé a dónde voy, ni en qué día me encuentro,
todo se lo lleva el viento.
Todo es ilusión, un espejismo,
una hoja escrita con sal que no tiene sabor;
pero me siento feliz,
alegre de compartir con el pretexto del vino.
Mis pies me harán andar en busca de su presencia;
aunque sea al fin del mundo peregrinaré;
descalzo, sin energías, desfalleciendo,
no desistiré por el encanto de su color;
fidelidad a toda prueba,
romance perpetuo por lo que me hace sentir.
¿Qué vida es esa dónde falta el vino?

Alberto: Sabias palabras amigo. Te invitamos un trago,
siéntate y comparte en nuestra mesa. ¿Qué quieres beber?

Anciano: Me llamaste amigo, gran alago.
Hace un tiempo le llamaba así al vino.
Me embriagaba con él;
ahora, él se emborracha conmigo.

Le llamo amor; hierbe cuando lo tomo.
Somos comunión; como el agua y la flor,
el vino y yo tenemos pacto de vida.

Cuando el anciano comienza a caminar a la mesa de
Alberto y Miguel, Froilán lo interrumpe.

Froilán: Disculpa sin nombre, dijiste pacto de vida, ¿qué es la vida?

Anciano: Nunca me habían dicho así. Debieras saberlo estimado desconocido por tu perspicaz llamado hacia mi persona. ¿Por qué le preguntas a un viejo borracho tal cosa?

Froilán: Es evidente. Porque que somos de los mismos. Viejos y también borrachos. De seguro me vas a iluminar.

En ese instante la mayor parte de los presentes en el bar comienzan reír y a festinar con el tema.

Anciano: No me es difícil responder a esa pregunta. En mi constante trayecto al planeta embriaguez, he divisado incontables estrellas que tienen un brillo que responde a esa inquietud. Pero son los cometas quienes me han entregado mayor certeza. Las estrellas están allí siempre; pero los cometas y asteroides como aves de paso, entregan el doble de resplandor sin siquiera buscarlos.

Froilán: ¿Podríamos decir que tú eres un cometa?

Anciano: No. Me alcanza solo para basura espacial. Desecho humano errante por el cosmos. Con suerte a satélite artificial arcaico.

Froilán: Entonces nos podrías ilustrar como testigo de ese brillo de estrellas, cometas y asteroides del que nos hablas.

Anciano: Por supuesto colega del gremio alcohólico. Una vez cuando estaba sentado revisando unos apuntes en la ciudad

Palmera, en el país Trópico, un niño me estira la mano y me dice: “tome estas monedas señor, le pueden servir”; a lo que le respondo: “¿quién te ha pedido dinero?, guárdalas, te pueden servir más a ti”. El niño para mi sorpresa no se fue; me preguntó: “¿no se supone que eres un mendigo?”; le respondí: “no, soy un extraterrestre”; me interpeló: “claro, un extraterrestre con pinta de mendigo y que habla perfectamente mi idioma”; a lo que le dije: “las acepto si hacemos un trato”. El asunto era que estaba dispuesto a recibir sus monedas a cambio de que yo le escribiera unos versos. Él accedió y el trato quedó cerrado.

Froilán: Buena historia. ¿Entonces?

Anciano: Te acabo de responder.

Froilán: Puedo interpretar de mil formas lo que acabas de expresar.

Anciano: Acabas de refrendar lo que te intenté decir. La vida humana es acontecimiento, diálogo, pregunta, respuesta, interpretación; de no ser así, es vida vegetal. La vida animal posee bastante de lo nuestro, pero está exenta de la palabra. Vida en sí es cualquier cosa. Eso déjaselo a la biología y la química.

Acaeció otro instante de silencio que rasgó los tímpanos de absolutamente todos los presentes. Las mesas que murmuraban producto del rechazo que les causó el anciano en un principio, ahora estaban del todo pendientes

de él. Causó conmoción el cruce de palabras entre ambos veteranos.

Froilán: Gracias coleguita. Concluyo a partir de lo que dices, que la vida está formada por la amistad y el amor en tanto tu relación descrita con el vino. Con él compartes, dialogas, interpretas y todo lo demás que conlleva esa dinámica.

Anciano: Excelente. Una exégesis existencial.

Froilán: ¿Qué es exégesis?

Anciano: Lo que acabas de hacer. Interpretar. En su origen guarda relación con la interpretación de los textos religiosos.

Concluido el cruce de palabras, el anciano se apresta a emprender los pasos restantes para la mesa de Alberto y Miguel. En eso, el que lo interrumpe ahora es Fermín.

Fermín: Disculpe señor.

Anciano: ¿Me llamas señor? Soy indigno de tal investidura. ¿Entonces cómo he de llamarte? ¿Aristócrata, caballero? ¿Quizá plebeyo?

Fermín: Dígame como quiera.

Anciano: Entonces te digo extraño.

Fermín: Me da igual. Solo me interesa saber algo si es que no le molesta.

Anciano: ¿Y qué sería? No quiero dejar esperando la gentil invitación de los muchachos a su mesa. Vengo con sed; me zapatea la lengua (Nuevamente aparecen una sonrisas con el comentario en las demás mesas).

Fermín: ¿Qué le escribió al niño de las monedas?

Anciano: Cuando escribo algo, es sobre lo que emana acerca de lo que veo. Siempre cuando es para alguien, mis letras versan sobre esa persona. No siempre recuerdo lo que le escribo a todo el mundo. Pero en esta ocasión lo distingo nítidamente. Me identifiqué con ese pequeño. Decía más o menos así:

“No te canses de preguntar,
menos de escuchar,
hoy pusiste aprueba a un viejo con éxito,
mañana necesitarás más
de las canas de otros para avanzar
que de tu zagas pensar”

Fermín: Sugestivas palabras ducho pensador. Veo que todavía tiene la misma pluma amarrada en el bolsillo de su morral.

Anciano: La conservo desde muy joven. Fue un regalo de mi padre. ¿Por qué dices eso?

Fermín: Porque era yo ese niño. Lo que me escribió hasta el día de hoy es una lección importante.

Anciano: Qué es diminuto el mundo. Déjame compartir con los muchachos que me invitaron a su mesa unos instantes, y luego si todavía sigo sobrio en este mundo, vuelvo a la de ustedes si no importuno.

Rigoberto: Sería un agrado.

Capítulo VII

Luego de tener el cruce de palabras con Froilán y Fermín, al anciano se sienta junto a Alberto y Miguel. El par de amigos de inmediato le ofrecen su hospitalidad.

Alberto: Bueno, ¿y qué pedimos para usted tata?

Anciano: Me gusta el vino hijo; tinto de preferencia.

Alberto: ¿Cómo estamos con un medio pa' empezar?

Anciano: Espectacular. Veo que su generosidad es tanto o mayor en comparación a la alegría que expresan sus rostros.

Miguel: Tranqui' abuelo, si la plata va y viene; como decimos con mi compadre, un vaso de chicha no se le niega a nadie (termina la frase con una sonrisa que contagia al anciano y a Alberto).

Miguel hace un ademán a Florencia para que se dirija a su mesa. Se aproxima y les toma la orden. Agregan por cierto un par de cervezas más para ellos.

Anciano: Gracias muchachos. ¿Y a qué se debe que me invitaran?

Miguel: Es que llegó con cuática'. Absorbe con sus palabras. Quedé loco con esa parte cuando dijo que la excusa del vino es compartir.

Alberto: Fuertes declaraciones. Uno le gusta compartir con otros cuando el trago está de por medio. Podría sonar a excusa, a que es un pretexto para tomar, pero no sé si

concuerdan conmigo que, se toma más en compañía que solo.

Anciano: Casi siempre es así. El alcohol es un amigo más en la mesa. El protagonista para que se genera la empatía entre los comensales de ideas encontradas. Es raro ver a alguien que beba solo. El vino es sinónimo de compartir con otros.

Miguel: Usted dijo que su relación con el vino ya no es amistad, sino que se trata de amor.

Anciano: A eso me refería. Puedo estar tardes enteras bebiendo solo y me siento feliz. Las uvas fermentadas al principio me invitaban como las mejores amigas a compartir con los demás; ahora de tanto andar, tenemos un romance donde podemos prescindir del resto.

Justo cuando el anciano concluía de hablar, Camila les entrega el pedido. Feliz acaricia éste el vaso con vino mientras continúan con la plática.

Alberto: Entiendo. Oiga tata, parece que tiene harta sabiduría acumulada. ¿Dónde partió eso?

Anciano: No hay un punto específico o suceso que defina el rumbo que tomó mi vida. Es un conjunto de cosas el que hace que seamos lo que somos. Circunstancias inesperadas fraguan nuestro temple y espíritu a cada momento. Caminamos por una ruta que nos va transformando.

Miguel: Pero algo debe haber gatillado la puesta en escena que nos ofrece de profeta moderno (dice sonriendo mientras

le golpea la espalda. Luego hace un brindis que alegremente complementan sus dos interlocutores).

El anciano bebe de una vez la mitad del medio litro de vino. Fue una sensación reconfortante. Su camino hasta ese momento había sido ajetreado. Se dirigía a un pueblo que está 40 km. de distancia. Se le hizo de noche debido a que nadie lo quiso llevar. No le quedaba dinero. Caminó bastante para su edad. En el trayecto se encontró con dos cantinas en las que compartió con varias personas. Si bien estaba algo ebrio, su estado era congruente para desarrollar una conversación con cualquiera.

Alberto: Eso no fue un beso el que le dio a su amor tata; casi tiene sexo. Venía con sed parece (nuevamente se posan las sonrisas en la mesa).

Anciano: Algo. Vengo más cansado que borracho.

Miguel: ¿De dónde viene?

Anciano: A esta altura de la vida vengo de todos lados.

Miguel: ¿A algún sitio se dirigía hoy no?

Anciano: Sí. Voy al pueblo de Las Parras.

Miguel: ¿Y a qué va abuelo?

Anciano: ¿Eres periodista pequeño Coné? (se ponen a reír nuevamente y brindan).

Alberto: Buena salía' tata. Oiga, eso que decía de que el camino nos va haciendo, ¿cuánto nos hace, y cuánto lo transformamos nosotros?

Anciano: Un filósofo plantea que transformamos la naturaleza de la que nos hacemos esclavos. Por otra parte además, interactuamos con otros con los que damos fisonomía a nuestro pensar. Es como las piedras del río, chocan entre sí y van asumiendo una forma.

Alberto: Parece que hoy todos andan en la volá' filosófica. La mesa de los que le preguntaron delante, ha sido testigo todo el rato de aquellos términos. Usted por lo que veo le agrega Poesía, ¿por qué?

Anciano: La Filosofía es reflexión, sentido primero. No necesitas ser un gran ilustrado para ser filósofo. Basta preguntarse lo que acabas de preguntar: ¿por qué? Esa es la raíz de la Filosofía. Un "por qué" que se traduce en "porque" por cuanto existe un motivo. Un sentido.

Miguel: Otra vez volvemos a lo mismo. El sentido. Siguiendo a nuestros vecinos que hablaban de eso abuelo, ¿cuál es el sentido del sentido?

Anciano: Mira que pregunta me haces. La respuesta a esa poco habitual interrogación es Poesía.

Alberto: ¿Cómo?

Anciano: Poesía en griego quiere decir "creación".

Miguel: ¿Nos está diciendo que el sentido de todo sentido es crear?

Anciano: Justamente. Pero hay una distinción que hacer. Las actividades o saberes humanos si lo prefieren, fueron ordenados por un antiguo pensador en: teoría, praxis y poiesis. La primera es necesaria o indispensable. En cambio para él, la segunda y tercera, son contingentes, o dicho de otro modo, de menor relevancia. Ahora bien, esa poiesis (creación) está en dirección y proviene de la praxis que sería un saber mentado desde el espacio teórico. Sin embargo, cuando hablamos de poiesis enfocada a Poesía, estaría en la línea de lo que plantea el maestro de aquél, cuando se trata de algo que pasa del “no ser” al “ser”.

Miguel: Quedé loco abuelo. Pero algo le agarré.

Alberto: Creo que entendí tata. Eso de poiesis es creación como “saber hacer” que viene de la teoría. Pero Poesía como nos explica, es creación que antecede al pensar haciéndolo pensar... ¿me aweoné'? O, ¿Es muy tonto lo que estoy diciendo?

Anciano: Es algo en lo sumo atrevido lo que planteas. No lo había pensado así. En ese marco, claro está como te diste cuenta, la Poesía antecede a la Filosofía. La reflexión privilegiada de la segunda, necesita de los destellos luminosos de creación divina de la primera.

Miguel: Wuuu' abuelo. Le pone. Ahora entiendo. Con manzanas siempre es más fácil. Me quedó claro. Por otra

parte, parece que su vaso venía roto, le vamos a pedir otro. ¿Quiere del mismo?

Anciano: Bueno, si no es mucha la molestia pequeño castor.

Miguel: Claro que no.

Nuevamente piden otro vaso de medio litro para el Anciano. Como aún les quedaba considerable cantidad de cerveza a ambos, continúan con las mismas botellas. La conversación sin notarlo a medida que se desplegaba, hacía postular cosas que jamás se imaginaron tratar Alberto y Miguel. Como los mejores aprendices de un ágora contemporánea, iban más allá que su maestro; cual caleidoscopio desentrañaban el patrimonio irredento del saber extraviado.

Alberto: Sumando y restando tata, la vida como le dijo al otro viejo es: acontecimiento, diálogo, pregunta, interpretación, ¿no es así?

Anciano: Tienes muy buen oído y además buena memoria.

Alberto: No sé, quizá. ¿Podríamos decir entonces que aquello es su sentido?

Anciano: Aquí hay un tema relevante. Lo que “es” principalmente radica en su esencia como manifestación espacio temporal. En el “atributo de”.

Alberto: Comprendo. Ahora agregamos como usted dice, que el sentido del sentido es Poesía. Mi pregunta es: ¿Podríamos

decir que el juego, el compartir, la música, el arte en general, y el resto de actividades humanas, de desprenden de allí?

Anciano: En efecto. ¿A qué te dedicas sensato joven?

Alberto: A parte de beber cuando puedo, me gusta jugar fútbol. En el plano laboral, trabajo en un supermercado como reponedor. Digamos que soy un simple obrero igual que mi amigo acá presente.

Anciano: Entonces que queda para mí. Soy un atorrante muerto de hambre. Un caminante sin rumbo ni ley.

Miguel: ¡¡De a dónde salió abuelo!! Pa' mí que usted era de buena familia. Tenía plata. No me hace weón'. Y de más que estudió algo en su momento. Imposible saber tanto; manejarlo con tanta facilidad incluso con sus buenas copas en el cuerpo.

Anciano: Sabes, hay dos cosas que acaban de aparecer que no puedo dejar pasar por referirme a una quizá con mayor intensidad que a la otra. Quizá tres. En orden respectivo fueron el cómo me respondió Alberto a qué se dedica. Por otro lado, el saber y su manifestación en la realidad. Y por último, el tema del dinero. Voy a tratar de seguir el orden. Si se me olvida alguna ustedes que están más sobrios me acuerdan.

Alberto: Obvio, póngale no más' Tío Sam.

En ese instante, Camila llega con otro vaso de medio litro con vino tinto para el anciano. También llevó pebre y sopaipillas pequeñas por cuenta de la casa.

Anciano: Cuando te pregunté delante a qué te dedicas, me respondiste primero compartir, luego juego, y finalmente trabajo. Eso dice mucho. Para la mayoría el trabajo es lo que determina su ser. El trabajo es la ocupación que conlleva más tiempo del ser humano, por ende, le asignamos una categoría de esencia existencial. Sin embargo tú, desarmaste ese patrón de conducta instituido.

Alberto: En más de una ocasión hemos hablado esto con mi compadre. Las personas que tienen más recursos, pueden hacer de sus vidas lo que les plazca en el plano laboral. Estudian una profesión que garantice una actividad que les satisfaga y agrade, haciendo de su trabajo un lugar al que desean asistir. En cambio nosotros que con suerte tenemos para comer, no podemos elegir; existimos para que otros vivan mejor, tengan más. Por eso cuando le dije a qué me dedicaba, lo primero fue beber. El alcohol alegra nuestras miserables vidas y nos hace compartir ya sea en la cantina, después del partido de fútbol, en un asado en la casa, en fin, donde esté presente alegría y nos hace la vida más fácil.

Miguel: Para que otros estén en una posición acomodada, tenemos que existir los que les servimos en los restaurantes, los que cargamos combustible a sus autos, los que acomodamos los productos en el supermercado para que ellos los vayan a buscar, y así continúa con todas las weás'

que se nos puedan ocurrir. El margen se ha estrechado, pero la opresión de tantas horas en el trabajo nos mantiene esclavizados. Estamos cagaos'; podemos tener las mismas cosas en menor medida, pero no tenemos el tiempo de aprovecharlas.

Alberto: Siento querido abuelo que usted disfruta más que nosotros. Quizá cumplió sus metas, aspiraciones o sueños que se propuso cuando era joven.

Anciano: Me asignas una carga alegórica fuerte. Si lo miras desde como lo planteas puede que tengas razón. Esa perspectiva versa sobre exitismo y realización personal. Puedo decir a esta altura de mi vida que las cosas que he querido hacer las he cumplido. Pero no son esas metas grandilocuentes que tú piensas. La felicidad está en otro lado.

Miguel: Como sea, se ve que posee un caudal intelectual que no tenemos los pobres mortales. ¿Por qué sabe tanto tata? ¿Estudió Filosofía, Historia, o algo parecido?

Anciano: No. Entramos en la segunda cosa que quería tratar. Sabes, la gente tiene un concepto herrado del estudio. Ese conocimiento que aludes, es el saber formal que se da en las universidades, institutos. Lo podemos denominar con toda propiedad conocimiento se estatus falso. Yo soy más bien autodidacta. Hay una distinción enorme entre ambos. El estudiante formal apenas reproduce; en cambio el autodidacta, va más allá, transforma. Encuentra verdaderamente pasión en lo que hace. Sobran ejemplos. Solo basta ir a una Universidad y veras decenas de profesores

que son meros loros parlanchines de lo que otros dijeron. Si bien es cierto, primero me debo nutrir de lo dicho hasta el momento para luego avanzar y encumbrar la discusión más allá de los márgenes establecidos, ocurre que, en la actualidad tristemente los encargados del saber en la casa de sapiencia intelectual por excelsitud, apenas les alcanza para repetir y para mayor vergüenza, lo hacen mal. Ni siquiera pensar en crear o trascender se avizora allí.

Alberto: Usted abuelo es un manantial de locura. Una locura que llena el mundo de color. Como ha sido la tónica de esta noche, en el huerto del sentido. ¿Pero en algún minuto estudió algo formal como le dice usted?

Anciano: Sí. Hice un bachillerato.

Miguel: ¿Qué es eso?

Anciano: Dos años donde te adentran en las principales temáticas que te interesan.

Miguel: ¿De verdad? ¿Y luego qué pasó?

Anciano: Me retiré. No quise seguir en la Universidad.

Alberto: ¿En serio? ¿Estudió solo dos años en la Universidad? ¿Me está webiando' cierto?

Anciano: ¿Para qué más? Consideré que no era necesario alargar una imposición social que limitaba el rumbo de mis inquietudes. Las carreras coartaban mis dudas. Apenas la Filosofía respondía en cierta medida los problemas que

anidaban en mi mente. Pero ese saber filosófico estaba sesgado según la institución donde quisieras estudiar. Además, no es necesario que alguien te mande a leer a un autor para preguntarte cosas que consideres importantes. Los principales temas los encuentras en cualquier lado, o si te esmeras, los puedes desentrañar de manera más profunda por tu propia cuenta. De cualquier modo, la Filosofía tampoco dio el ancho para tanto crucigrama existencial que la vida me fue presentando.

Miguel: ¡¡Bingo!! Razón por la cual querido Tío Sam terminó en la Poesía, ¿o me equivoco?

Anciano: Exacto estimado contertulio de ocasión engalanado de magnanimidad que te apiadaste de este pobre viejo invitándolo a beber.

Alberto: Soberbia exposición tata. Para mí en lo personal, y de más está decir que para mi compadre creo que también, esta será una noche difícil de olvidar.

Anciano: Ustedes par de jóvenes curiosos, me han regalado un trago, obsequiado su compañía, pero lo más importante, me han iluminado con sus respuestas. Cada palabra que germina de mi boca, es regada por la indagación de mentes brillantes que tan solo necesitaban el abono para hablar.

Alberto: Sabí' que viejo, y perdón que te tutee, hoy nos enseñaste que no existen barreras ni obstáculos que el pensar no pueda sobrepasar. Por primera vez en mi vida me siento importante. Y nada más ni nada menos me lo enseñó

un fantasma invisibilizado por la avaricia de un mundo que privilegia el lujo y el dinero.

Anciano: Que bueno que tocaste ese punto. Justamente me acordaste de lo último que debía abordar. El tener.

Miguel: Prosiga entonces po' don Pepo. ¡¡Salud!!

Brindan nuevamente muy congradados con la situación que acababa de ocurrir. Acto seguido, terminan de beber lo que les quedaba. Fue un momento inesperado en las vidas de Alberto y Miguel. Escuchar sin querer la conversación de Fermín y sus amigos que los retrotrajeron a muchos parlamentos donde se cuestionaron su deambular por el mundo; complementada al máximo, con la aparición del anciano que con el correr de la conversación fue haciendo que ellos mismos encontraran respuestas a sus interrogantes; respuestas que por lo demás, satisfacían las dudas que rondaban por mesas aledañas.

Anciano: Bueno queridos amigos ya no tan extraños, me resta desarrollar el último tema que quería compartir con ustedes a raíz de lo que fue apareciendo en la conversación. No fue difícil recordarlo puesto que ustedes están muy conectados con lo que tratamos, o mejor dicho, están mucho más sobrios que yo (se ríen al unísono nuevamente).

Miguel: Usted incluso en estado etílico nos iluminaría. Solo es necesario ponerle play.

Anciano: Cuando ustedes me hablan de que se sienten sometidos, muchas veces apabullados por cómo funciona el mundo, uno donde las diferencias en base al tener cercenan el alma, les tengo que reprender. Tienen razón, pero es una tontería poner toda su preocupación allí. No digo que no tenga importancia, la tiene y mucho. No es posible que en los países más ricos se fabriquen armas millonarias para la guerra, mientras que en países no solo de continentes pobres se estén muriendo de hambre. Eso es una injusticia; una aberración. Las naciones más ricas cuidan sus intereses; tener más cosas e influir para ello. Una radiografía de lo que le pasa a cada persona. Todos quieren acumular. Tener uno o dos autos, quizá más. Tener una casa enorme. Tecnología de punta. Tener más que el resto que los rodea. Es una carrera que no tiene fin. El mundo está compitiendo en esa línea. Amigos, allí no radica lo importante. No se preocupen por tener más de la cuenta. Disfruten de lo necesario. Todos necesitamos diferentes cosas. ¿Pero para qué tanto? ¿Tener 2 o 3 casas no es un despropósito? Un auto no es indispensable si se puede andar en micro o bicicleta. Si se quiere tener como anhelo, no uno por cada integrante de su familia si es que la tienen. Estamos en la era del automóvil. Ese mismo que está asesinando al planeta. Esto debe parar.

Alberto: Tiene razón. Tenemos nuestra preocupación en lo material. Nosotros preocupados por puras weás', cosas banales, y alguien que no tiene nada y que tampoco quiere tenerlo como usted, es más feliz.

Anciano: Esa es la raíz del problema. La felicidad es ilusión. No es un estado al que se llega de manera permanente. Es pasajera. Puede volverse adictiva como sensación de satisfacción. Eso dura unos momentos o días. Con la falacia de la felicidad, el ser humano está perdiendo humanidad. Se está volviendo déspota, salvaje. Como dijo un oriental: “El que retiene algo que no necesita es igual a un ladrón”. No se preocupen por tener, por acumular, por estar por sobre los demás; sigan como ahora, compartiendo, sonriendo, jugando a la pelota como me dijeron delante. Disfruten de las cosas más importantes de la vida. Y a eso que le dicen felicidad, llámenle estabilidad. No económica; sino existencial.

Miguel: ¿Y cuáles serían las cosas más importantes abuelo?

Anciano: El amor y la amistad. Quizá no encuentren uno. O encuentren los dos. De seguro van a sufrir con ambos; pero es parte de la ley universal. Todo tiene su contrario. La noche el día, lo bueno lo malo, etc. Mientras ustedes se dediquen a entregar y no pedir, la alegría jamás se marchará de sus corazones. Hay amigos que traicionan, y amores que engañan; descuiden, ustedes solo entreguen. Sinceridad ante todo. Si no encuentran ninguna de las dos en otro ser, pongan su pasión en una actividad que los mueva.

Alberto: Buena. Le puso. Mañana el sol iluminará distinto para nosotros.

Miguel: Si es que sale pos’ compadre; en una de esas está nublado.

Alberto: Que erí' aweonao'. Era una metáfora mermelá' de espárrago.

Anciano: Gracias muchachos, me tengo que ir. Antes pasaré a saludar a las personas de la otra mesa que me hablaron. Que estén bien.

Miguel: Hasta siempre abuelo... gracias a usted.

Capítulo VIII

Mientras se desarrollaba la conversación del anciano en la mesa de Alberto y Miguel, Fermín y los demás continuaron con el análisis de la pregunta y sus posibilidades. Indudablemente la irrupción de este personaje generó controversia. El cruce de palabras que sostuvo con Froilán dio un nuevo rumbo a lo tratado.

Rigoberto: Que es pequeño el mundo Fermín. Quién diría que te encontrarías con tu mentor. Nunca te he escuchado comentar esa anécdota. Especial encuentro por lo demás.

Froilán: Tiene lo suyo el colega alcohólico. El ingrediente poético escapa a la razón común y a lo habitual que vemos a diario. Nunca hemos hablado en profundidad de la Poesía.

Fermín: Tal como me lo escribió aquella vez: hoy comparto y aprendo de las canas. Ustedes no tienen nada que envidiarle. La etapa de la vida en la que se encuentran brilla con luz propia. La experiencia siempre entrega un cúmulo de saber que servirá de directriz. No importa si se es letrado o ignorante, millonario o pobre, los años son prenda confiable.

Froilán: Creo que esto se complica. El amigo poeta puso nuevos elementos en la mesa. Diálogo, pregunta, interpretar; en sus palabras eso es la vida.

Rigoberto: Te faltó la más importante: acontecimiento. Alude a un suceso imprevisto. Como lo habíamos mencionado antes, en la substancial diferencia con las demás especies radica nuestro acontecer: la palabra. La vida humana siguiendo al poeta que nos acaba de iluminar, es interacción.

Fermín: Importante también resulta hacer la distinción entre lo que implica el movimiento y lo estático que esbozó conforme a lo que hemos venido discutiendo. Una persona que tristemente está en estado vegetal no acontece. Es vida, pero alejada de los parámetros de la interacción.

Froilán: ¿Interactuar es relacionarse con un otro?

Fermín: Sí. De manera recíproca.

Froilán: ¿Eso se puede hacer no solo hablando, o me equivoco?

Rigoberto: ¡¡Bien Gárgame!!! Siempre tensionas los temas. Eres en extremo perspicaz.

Froilán: ¿Qué chucha' significa perspicaz?

Rigoberto: Que eres agudo y profundo.

Froilán: Solo expongo lo que se desprende de la conversación viejo pascuero.

Fermín: Antes que se agarren de las mechas como de costumbre, algo importante ibas a decir con respecto a esto Froilán.

Froilán: Claro. Es una duda. Hace un rato hice alusión al instinto y, ustedes, a la aparición del lenguaje como manifestación humana del pensar que nos diferencia del resto de especies. En relación al acontecer, vuelvo a insistir: ¿cuánto de instinto y palabra hay en nuestro actuar?

Fermín: Difícil responder. Instinto viene de impulso, motivación. Somos impulso restringido por la palabra; esa que compartimos de forma racional en una especie de ley moral defendida por más de algún ilustre filósofo entorno al deber que se impone por sobre el querer. Como quedó de manifiesto, que acordamos en los marcos de la moral y la ética. Al mismo tiempo, podemos sancionar desde otra perspectiva, que actuamos en base al placer y para evitar el dolor.

Froilán: Entonces si la vida es interacción como hemos desentrañado, quedamos donde mismo.

Rigoberto: ¿A qué te refieres viejo verde?

Froilán: Que llegamos a definir vida y vida humana, pero seguimos al debe con su sentido, ¿o me equivoco?

Fermín: No veo hacia dónde te diriges con lo que dices amigo.

Froilán: Expusiste dos posturas que hablan por un lado de actuar en torno a lo bueno y lo malo conforme a la razón más allá si nos agrada, y por el otro, del hacer en torno a nuestro querer para el propio goce.

Fermín: Así es.

Froilán: Entonces seguimos dando vueltas en argumentos que pareciera que no son firmes por ningún lado.

Rigoberto: Nada es tan claro o tan oscuro en la vida Gárgamel. Existe una escala de grises al medio donde coexisten las tonalidades.

Froilán: El asunto es que Fermín no defiende o se inclina de manera tajante por alguna. Por tal razón, es que siento que o ambas coexisten o, son guía de vida cada una por separado para quién así lo estime conveniente. Dijiste impulso restringido por la palabra por el deber de hacer lo correcto; y por otra parte, deseo o querer entorno al placer que me satisface.

Fermín: Eso lo decides tú amigo. En consecuencia, parece que ya tenemos claro una cosa, pero la otra no del todo. Importante es mencionar a esta altura, que esa humita que describiste cuando iniciábamos la conversación está casi deshojada.

Rigoberto: Indudablemente. Hemos avanzado en delimitar los campos de sentido de nuestro espacio de pregunta. Sin embargo, el cuestionamiento al sentido del sentido se hace necesario abordarlo. No basta tan solo con sancionar que la vida no tiene sentido alguno. Para desenmarañar este problema es necesario ir al epicentro del problema: ¿qué es el sentido?

Fermín: Partamos entonces. Se trata para efectos de lo que estamos tratando, de: razón de ser o finalidad; o también podemos decir, su significación y trascendencia.

Froilán: Entonces darle sentido a las cosas o asignarles una carga simbólica, ¿es el sentido del sentido?

Fermín: En la dependencia sujeto - objeto, o si lo prefieres de relación con la totalidad circundante en su conjunto, se suscita la asignación de sentido. Allí hay interacción del ser con el mundo. Cuando aunamos criterios somos solícitos de comunidad; vivimos bajo parámetros de encuadre y convivencia. Hacer coexistir tu mundo y el del resto, finalmente en el mundo compartido de comprensión en lo que se denomina plano intersubjetivo.

Froilán: Interés y curiosidad mueven al hombre. Ahora se está situando su esencia en la interacción con otros y la naturaleza. Si todo eso es la vida, por más que reformulemos la pregunta quitándole el tenor negativo que le antepuso tu alumno estimado Fermín, me doy cuenta que estamos inconscientemente asumiendo que no tiene sentido.

Fermín: ¿Cómo es eso amigo?

Froilán: ¿Qué es la vida? ¿Tiene algún sentido la vida? O como quieran presentarla en base a los argumentos expuestos, se está avanzando por la línea de tu alumno. Es más, no deberíamos reformular la pregunta, deberíamos ir de una buena vez por todas, más allá en razón de la sintonía de vacío que aprecio en los tres. Aunque yo esté con reparos al ser creyente, voy a realizar una pregunta más profunda que la de tu estudiante; avanzaríamos mucho más si nos preguntásemos: ¿si la vida no tiene sentido, qué hacer con la ella?

Rigoberto: En esa perspectiva, ese ¿qué hacer?, ya nos ilumina un sentido. Algo que buscamos para escapar del vacío.

Froilán: La mayor parte de las personas que he conocido a lo largo de la vasta edad que tengo, se desesperan si no están haciendo algo. Tratan por todos los medios de mantener su mente ocupada. He escuchado frases como: “trata de no pensar tanto, mantente ocupado”; “darle tantas vueltas al tema te volverá loco”. Parece que pensar fuera un problema.

Rigoberto: “Por mucho pensar se tienen pesadillas, y por mucho hablar se dicen tonterías”, dice un libro sapiencial de tu creencia Gárgamel.

Froilán: ¿Cómo es posible? Las personas viven sin estar. Les atormenta encontrarse en un mundo donde el sentido está extraviado. Prefieren ser esclavos de cualquier cosa que de su autonomía.

Fermín: Acaba de aparecer uno de los elementos que nos faltaba en el rompecabezas. La Angustia.

Froilán: ¿A qué te refieres?

Fermín: Como dice un filósofo: “La angustia es el vértigo de la libertad”. Esa sensación como lo adelantó Rigoberto de escapar de un vacío; estremecedora radiografía de vernos en un mundo donde podemos hacer lo que nos plazca y, nos atormentamos con la simple inquietud: ¿qué hacer?

Rigoberto: Comenzamos a abordar en consecuencia los principios de la libertad. Cabe destacar que muchos ni siquiera sienten aquella angustia. La vida se les extingue haciendo lo mismo cada día. No se cuestionan en lo más mínimo los lineamientos en los que enmarcan su vida. Viven como la estructura social los estructuró; están completamente alienados.

Fermín: La angustia es un grado superior de epílogo. Conciencia - consciente. Quien ha sentido ese desasosiego existencial, comprende que su vida es una tontería.

Froilán: ¿Entonces para que la vida?

Rigoberto: Para lo que decidas.

Froilán: Si es así, me quedo con lo propuesto por el alumno de Fermín. El amor, la amistad, el afecto, y todos los sentimientos, son un espejismo pasajero. Tarde o temprano todo muere en esta vida. Si bien los libros y creaciones artísticas trascienden, ¿cuál es la diferencia entre hacerlos y no hacerlos en un mundo donde todo sentido pende de un hilo?

Rigoberto: Es solo tender e impulso racionalizado. Me podrá ayudar Fermín con esto... ni siquiera la decisión posee fundamento, es circunstancial.

Fermín: Así es. Cabe consignar dos aspectos fundamentales de ello. Por un lado, si bien el ser se hace en el hacer, en las múltiples posibilidades de elección como sostiene quien

reseñé al principio de la conversación, esas elecciones están dentro de un espectro restringido según el lugar donde nos tocó nacer. Es solo tender de la voluntad como acto reflejo. La decisión carece de fundamento ya que lo que mueve a la voluntad es lo que nos parece bueno; ¿pero por qué nos parece bueno? ¿Por qué es bello? ¿Apetitoso? ¿Y una vez alcanzado ese bien con el tiempo no nos satura? Como dice un filósofo algo desdeñado por la academia: siempre estamos deseando cosas, sufrimos por ellas, pero cuando las alcanzamos nos hastiamos de las mismas. Por lo tanto, el placer de lo deseado y que mueve a la voluntad, se convierte finalmente en espejismo.

Froilán: Eso es como tomar agua. Una vez que la beba me saciará; pero no quiere decir que luego no me dará sed.

Rigoberto: Evidente. Eres libre de tomártela o no. Pero en ese caso es tender de la voluntad por una necesidad vital. Tal como lo dijiste, una vez salvaguardadas las necesidades básicas, el hombre entra en las complejidades de decidir en otro plano superior. Curiosear con lo dado como lo llamas tú donde emana el interés.

Froilán: Comprendo. Tienes razón.

Rigoberto: ¿Por qué trabajaste en el campo toda tu vida?

Froilán: Porque allí nací.

Rigoberto: ¿Y por qué no te fuiste a la ciudad?

Froilán: No sé. Nunca me llamó la atención.

Rigoberto: ¿Por qué no te llamó la atención?

Froilán: Puede ser porque estaba acostumbrado al campo y era lo que aprendí.

Rigoberto: ¿Nunca se te pasó por la cabeza emigrar a la ciudad?

Froilán: Muchas veces. Aunque era posible, resultaba muy difícil por las condiciones económicas. Además era feliz con la tierra. Nunca fue algo que me quitara el sueño.

Rigoberto: Allí quedan visibilizadas las condiciones de posibilidad. Eras libre hasta cierto punto. Hoy con los medios de comunicación puedes saber lo que ocurre en cualquier parte del mundo. Quizá te hubiese llamado la atención la selva de cemento.

Froilán: Evidentemente. Si hoy hubiese nacido en el campo, quizá hubiese emigrado. De igual forma no lo sabríamos. A esta altura de mi vida que he recorrido un poco más y conocido otras cosas, puedo decir con toda propiedad que elegiría el campo. Claro está según lo que planteas, que lo que uno aprende en los primeros años incide en tu vida futura de alguna u otra forma.

Rigoberto: Puedo decir lo mismo. Me interesaron las letras y comunicar debido a las vivencias que tuve cuando pequeño. La ciudad fue el espacio que me albergó y llenó de vida.

Froilán: Y tú viejo pascuero, ¿Nunca pensaste en emigrar al campo?

Rigoberto: Ahora cambió el rol de periodista. (Sonríen mientras Rigoberto le golpea el hombro a Froilán).

Froilán: ¿Crees que para preguntar hay que ir cinco años a la Universidad? ¿Para saber ocupar el micrófono y mirar la cámara es necesario tanto jaleo? Los periodistas son cajas vacías; cada vez que los veo en televisión me dan risa. Preguntan puras weás' en los despachos. En fin, ¿nunca se te pasó por tus profundos pensamientos ilustrados irte al campo?

Rigoberto: Ambos sabemos Gárgamel que emigrar en la infancia es difícil porque recibimos la herencia impuesta. Más cuando las cosas eran tan difíciles en nuestra época. En la juventud podría haber sido posible tomar esa decisión. Sin embargo, me ocurrió lo mismo que a ti: me gustó en lo que estaba. Si lo vemos a esta edad, es distinto. Ahora con una vida resuelta, me gustaría ir al campo; tener una casa con un patio amplio, hartos árboles y todo lo que te puedes imaginar de una pequeña casa en la pradera.

Rigoberto concluye su parlamento levantando su copa y luego realiza un brindis. Fermín mientras escuchaba las interpelaciones cruzadas anotó impresiones que le proveyeron importantes luces acerca de lo que estaba inquiriendo.

A esta altura, las bebidas alcohólicas comenzaron a hacer mella poco a poco en nuestros protagonistas. Estaban íntegros, no obstante, la embriaguez comenzaba poco a asomarse. Circunstancia que no significó impedimento

alguno para pedir otra ronda en vista que ya habían acabado lo que tenían hasta ese momento. Pidieron nuevamente sus tragos predilectos. Camila fue a dejarles la orden y les obsequió en esta oportunidad dos potes con maridaje surtido.

Froilán: Ahora que tomaste y estas comiendo nuevamente viejo pascuero - que por lo demás esa es la razón por la que el traje rojo en navidad no te entra - me puedes explicar, ¿por qué si te gustó la ciudad toda tu vida te irías hoy al campo?

Rigoberto: Para disfrutar de la naturaleza, la quietud, el silencio.

Froilán: ¿Allí acaso no hay un fundamento?

Rigoberto: Sí. Es una decisión que a simple vista es meditada y con fundamentos; pero es volver a la cuestión desde otro punto: ¿cuál es el fundamento del fundamento? Acá en la ciudad no estoy mal. ¿Qué me mueve a querer hacerlo?

Froilán: Que te parece agradable claro está.

Rigoberto: Placentero, apetitoso, y todos los adjetivos que se te ocurran; pero es una causa infundada en cuanto a que la voluntad es provista de elementos fortuitos sobre la base de un fundamento que es sindicado de manera arbitraria como bueno... ¿la ciudad es mala?, o, ¿no es tan buena?; ¿la cordillera o el mar son peores?, ¿y por qué son peores si lo

fuesen? Si sigo interrogando los fundamentos del todo, quedan soberanamente en nada.

Froilán: Creo que estas cosas son complicadas de buenas a primeras. Mis conclusiones toman otro rumbo a partir de lo dicho. Antes me gustaría escuchar el segundo punto sobre la decisión que dejaste pendiente Fermín.

Fermín: Desde luego. Casi lo olvidaba. Para ello hay que ir más atrás del razonamiento propuesto por Rigoberto. Decisión en su etimología indica cortar de forma tajante. Hablamos de una determinación tomada frente a diversas posibilidades. Esa decisión como lo plantea una línea filosófica contemporánea, no tiene relación con lo que la precedió. Vale decir, que si la decisión fuese el resultado de un cálculo o reflexión, no sería una decisión. Por lo tanto, como señala el precursor de este pensamiento, la decisión está inserta en la locura.

Froilán: ¿Me estás diciendo que lo que nos mueve es la locura?

Fermín: No. Pero como de costumbre tus reflexiones me hacen dudar de todo. Habría que dilucidarlo. Solo expreso que entre la decisión con respecto al conocimiento, análisis y razón, se produce una escisión para que sea tal. De no ser así, como señala este autor, sería una consecuencia técnica que se sacaría de un saber o método previamente elaborado.

Froilán: Por un lado tengo que la decisión se ampara en un espejismo infundado como tender de la voluntad, y por el

otro, ni siquiera le puedo llamar decisión porque la decisión no tiene un vínculo con el saber y termina habitando en la locura.

Fermín: En esto último se puede ir más allá. No es posible justificar una decisión. Si se pretende justificar una acción, es cualquier cosa menos sobre la base de una decisión. Se podrá propender a una aproximación de explicación, pero se hace difícil puesto que el momento de la decisión no existe; como dice el autor que reseño, ese instante, ese tiempo que no tiene tiempo, es una locura.

Rigoberto: Comprendo lo que señalas principito. En este marco de fundamento que se diluye, y de escisión de la decisión con cualquier cosa previa, ¿nuestro hacer donde se posiciona?

Fermín: No lo sé. Eso díganmelo ustedes. Entre el sentido y la decisión de ese “qué hacer” que apareció hace unos minutos, se le agrega el componente de locura a la angustia. A mayor cantidad de posibilidades de elección mayor libertad. Mi decisión será posible frente a los recursos existentes en mi poder para hacerlo. Pero hay que diferenciar entre algo posible que está y sé que tengo que hacerlo, y lo que está más allá.

Froilán: ¿Entonces el sentido del sentido es lo que no está? Decir que la vida no tiene sentido indica una negación, un vacío; pero el sentido del sentido visto como lo que no está indica que está oculto, o sea, que hay algo finalmente allí.

Rigoberto: ¡¡Guau Gárgamel!! Parece que te está entrando agua al bote; estás profundo. Si aunamos criterios y avanzamos por lo que propones, la vida no tiene sentido aparente. ¿Cuál sería en consecuencia ese sentido del sentido que se oculta?

Froilán: No tengo la respuesta. Pero creo que es lo que es: Búsqueda. La alberga la incógnita. Estar volcados al infinito continuamente.

Fermín: Sorprendente amigo. Tiene mucha lógica lo que dices. Si la vida no tiene sentido en cuanto a la decisión en los marcos de una libertad total que nos angustia, es debido a que el sentido del sentido posee un fondo sin fondo ya que la significación de su espacio contextual siempre se oculta; suceso que nos lanza como seres finitos a una perpetua búsqueda de la infinitud. Somos cometas errantes en la infinitud del cosmos.

Rigoberto: Se suscitan un problema evidente a partir de esto. Si llegásemos a entender todos los misterios del universo, vale decir su creación, lo que ocurre en los confines más alejados etc., o las capacidades del cerebro si las pudiésemos ocupar del todo, o algo más extremo, comprender lo que ocurre más allá de la vida si es que hay algo, esto es, y lo vuelvo a remarcar, saber todo, ¿ese sentido del sentido dejaría de ser tal?

Froilán: Difícil viejo chicha. Pero pongámonos en esa situación. Hoy sabemos todo; medio copetiados' pero sabemos todo. Aunque así sea, mientras haya

acontecimiento, habrá eventualidad. Y si eso ocurre, es porque el movimiento no cesa. Como dijo el coleguita poeta alcohólico: diálogo, pregunta, e interpretar es lo que somos. La sociedad inventará algo y, si lo hace sobre la base del conocimiento total hasta ese punto, ese algo arrastrará a encontrar nuevos principios científicos.

Fermín: Un verdadero catedrático sapiencial amigo. Parece que entre más ebrio, más sabio te pones.

Froilán: Y te digo otra cuestión principito antes que esté más curao': cada cosa que hacemos convenimos en denominarla de tal o cual forma; para ello está la complejidad más grande y la he aprendido de ti: para definir una palabra se usan otras. En tal sentido, hay movimiento pendular. Reitero, para definir una palabra ocupo otra. Y para definir aquella no necesariamente ocupe la primera, pero en algún momento ambas servirán para expresar una distinta o, por qué no, para definirse entre sí o para negarse. No estoy inventando la rueda, pero lo que quiero decir con todo, que siempre estaremos ahogándonos en las palabras. Ese es el lago donde bucea el sentido del sentido. Encontrar continuamente una palabra para otra. Ya no hablo más que el piso se está moviendo. Parece que está temblando.

Rigoberto: Traigan más alcohol para Gárgamel que su sinapsis se acrecienta con este brebaje (brotan nuevamente las sonrisas en los tres).

Froilán: Oye viejo impotente, ¿qué es sinapsis?

Rigoberto: Esa te la dejo pa' la casa. Búscala en el diccionario viejo retamboraeao' (Las sonrisas se transforman en carcajadas).

Capítulo IX

Una vez que se despidió de Alberto y Miguel, el anciano se dirigió a la mesa de nuestros protagonistas. Por su parte Maximiliano y Camila al otro lado de la barra, testigos de lo acontecido y silentes hasta ese momento, comienzan nuevamente a conversar.

Maximiliano: ¿Y qué te pareció chica el poeta?

Camila: Quedé sin palabras.

Maximiliano: A varios les pasó lo mismo. Te dije que sorprendería.

Camila: ¿Escuchaste lo que hablaban?

Maximiliano: Sí. Escuché todo desde que entró. Además, paré la oreja en las dos mesas; una en cada una.

Camila: ¿Y qué opinas?

Maximiliano: En unos instantes el anciano cruzará palabras con el otro par de tatas y Fermín. Va ser interesante presenciar eso. Argumentaciones cruzadas darán respuestas dispares por lo que alcancé a oír.

Camila: De eso no hay duda. Hasta el momento, desde la diferencia se han concertado conclusiones significativas.

Maximiliano: Es posible. Los tres mosqueteros tienen esa dinámica del acuerdo a partir de la discusión. No conocemos al alienígena poeta. Quizá sea más intransigente y la weá'

termine en un debate donde las sillas vuelen por todo el local (se ríe de forma irónica).

Camila: No creo. Denante cuando cruzaron palabras con Froilán fue una apertura mutua al otro.

Maximiliano: Te equivocas. El anciano fue quien dictaminó los términos de la conversación.

Camila: Porque Froilán lo quiso así.

Maximiliano: Como sea, me da igual. Comparto algunas cosas de las que se dijeron en ambas mesas; pero asumen una ruta que escapa a lo primordial.

Camila: ¿Estás hablando en serio? Pensé que bromeabas cuando me dijiste que tenías la respuesta.

Maximiliano: Como te dije hace un rato, la pregunta inicial debe ser como me la hiciste tú: ¿la vida tiene sentido?

Camila: Esa parte ya me la sé idiota. ¿Bueno y?

Maximiliano: Mira investigadora social de cuarta, la vida sí tiene sentido.

Camila: ¿De verdad no bromeas?

Maximiliano: De verdad que no. Por un lado, en una mesa han planteado de forma trivial toda la noche el asunto de las necesidades básicas. No es solo que estén satisfechas para hacer algo superior después; antes de escapar del vacío o crear, el sentido de la vida es primeramente vivir y no morir,

sino no sería vida. Parecerá tautológico, pero no es tan simple.

Camila: ¿Cómo así?

Maximiliano: Han dado por hecho que las necesidades básicas satisfechas cubiertas son el piso mínimo para hablar del sentido de la vida; que a partir de allí podemos mirar más allá. ¿Pero qué es un chef? ¿Un ingeniero que purifica el agua? ¿Alguien que crea un nuevo refresco? ¿O, por qué no, un enólogo? ¿Si su quehacer está en función con las necesidades básicas, ellos están alienados? ¿No piensan? ¿No ven más allá? En sí mismas, aquellas dan un sentido y la conformación de un arte. ¿A quién no le gusta una comida particular preparada de una forma puntual?

Camila: Me asombras cerebro de alcornoque. Pero el enólogo entra en otro plano. Lo de hacer refrescos igual.

Maximiliano: Te estás deteniendo en un punto que no reviste mayor importancia.

Camila: ¿Cómo qué no? Pierde seriedad tu argumento.

Maximiliano: Entonces, ¿un chef sería un experto que prepara cosas más allá de las necesidades básicas satisfechas?

Camila: No es tan así.

Maximiliano: Por lo mismo, sería una consecuencia de querer comer algo con agrado según tus gustos. ¿Un chef vale menos que un astrónomo?

Camila: Me la pusiste difícil. Sé a dónde vas.

Maximiliano: Responde Candy.

Camila: Ya bueno, seguiré tu razonamiento. El astrónomo vale más.

Maximiliano: No es mi razonamiento. Tú cambiaste el curso de lo que estaba planteando. Hazte cargo Mafalda por tu exabrupto. Entonces como te iba a decir, ¿un arte vale más que el otro? Y si es así, ¿por qué?

Camila: No debe ser así. Sin embargo, socialmente en vista de los hallazgos y adelantos para el saber, el astrónomo está más arriba.

Maximiliano: Pero si no come se muere.

Camila: ¿Y por qué tiene que ser un chef quién le prepare la comida?

Maximiliano: Entonces que coma raíces, gusanos, etc. Además ¿por qué necesito saber lo que ocurre en el cosmos?

Camila: Puede prepararse algo no tan sofisticado él mismo.

Maximiliano: ¿El astrónomo no desea comer una paella, o lasaña, o la comida que más le agradare en su casa, o mejor aún, en un restaurante?

Camila: Para eso no necesita un chef. Lo puede preparar él mismo.

Maximiliano: ¿Y para saber del cosmos tengo que ir a la Universidad? ¿No puedo aprender solo? ¿Pedir hora a un observatorio no me basta si me adentré en la materia? ¿Y si mejor me compro un telescopio de buena calidad?

Camila: Bueno, entiendo. Tu poder argumentativo para ser tan pastel es digno de reconocimiento. Ahora bien, tu planteamiento en mi opinión guarda lógica, pero al mismo tiempo tiene fisuras. Aceptando que las personas dedicadas a los quehaceres que nombraste están en el epicentro de las necesidades básicas, ¿no son de segundo orden justamente por estar en ese espacio denominado básico? ¿No se supone que hay saberes más complejos que otros?

Maximiliano: No existen saberes superiores y otros inferiores. Cada arte guarda su técnica y sabiduría. Un ingeniero nuclear y un agrónomo pesan lo mismo. Es más, un campesino vale lo mismo con su saber que un astronauta.

Camila: Estay' loco Pinky.

Maximiliano: El día de mañana cuando la supervivencia radique en la falta de agua Cerebro, vamos a maximizar los recursos y, ¿quién se supone que será el experto para generar alimentos en esas condiciones? Y voy más allá... si tuviéramos que emigrar de nuestro planeta, ¿cómo generaríamos alimentos en otro si no tenemos el saber del

agronomo? Allí el agrónomo, el astrónomo, el astronauta y el campesino tendrían que juntarse a conversar.

Camila: Digamos que es como tú dices, ¿entonces el sentido de la vida radica en torno al hacer independiente de lo que sea?

Maximiliano: No del todo. El hacer es movimiento y da vida a la vida. Las cosas que hagamos nos hacen ser parte de una especie superior en contraste con el resto de este planeta. Aunque también se puede decir que nuestro hacer poco se diferencia de los castores, abejas, topos, hormigas, etc. Ellos poseen un arte que si bien es pedestre, no tiene nada que envidiarle al nuestro. La gran diferencia está en que nuestro hacer unas veces más otras menos, va acompañado de razón puesta en la palabra.

Camila: Mira nada más, estás conjugando tus ideas con lo tratado en las mesas.

Maximiliano: Evidente. No se puede desconocer lo que han dicho acerca de la moral, el relativismo y la especie humana en general.

Camila: Entonces, ¿cuál es el sentido de la vida?

Maximiliano: El sentido es ser amo y juez de tus acciones. Hagas lo que hagas, estés donde estés, pensamiento y acción mancomunados en un propósito. No importa cuál ni el grado de intelectualidad que se posea.

Camila una vez que escucha la última sentencia, queda perpleja mirando fijamente a su hermano. El lúcido razonamiento expuesto por Maximiliano abrió un abanico de posibilidades en su mente. Siempre ha considerado a su hermano aparte de la locura que exhibe, como alguien responsable y capaz; lo sagaz e intelectual en esta oportunidad se tomaron el telón.

Maximiliano: ¿Qué, no me vas a decir nada?

Camila: Es que desarmaste el esquema.

Maximiliano: ¿Por qué dices eso?

Camila: Porque has hecho cohabitar en lo que planteas un sinnúmero de posturas distintas.

Maximiliano: Razón práctica Aralé. ¿Cómo no lo ves?

Camila: No sé qué decir. Libertad, conciencia, razón, contexto, moral, decisión, por decir las más importantes resaltan en tus palabras de manera implícita.

Maximiliano: Pensamiento volcado en la acción. O acción que proviene del pensar. El sentir nos mueve y nos hace pensar pequeñuela.

Camila: Déjame darle vueltas un poco. Tengo mis reparos al respecto. Lo que planteaste es muy importante y por lo mismo hay que meditarlo. Comparto tu epílogo; pero hay algo que me deja inquieta. Siento que falta algo en tu argumentación; no sé qué es pero bueno... mira, el Anciano

se acerca a la mesa de Fermín y los demás. Dame unos minutos para escuchar esto.

Capítulo X

El anciano se acercó a la mesa de Fermín y los demás para continuar lo que habían dejado pendiente. El recibimiento fue cordial. La conversación emanó al instante y lo tratado hasta el momento siguió su curso con un nuevo integrante.

Anciano: He vuelto. Acabo de concluir la conversación con los jóvenes que me invitaron; inquietos y muy inteligentes por lo demás. ¿Me puedo sumar a la mesa?

Rigoberto: Desde luego, bienvenido sea.

Froilán: Siéntese gancho' con toda confianza. ¿Qué quiere tomar?

Anciano: Vino puede ser si no les molesta.

Froilán: Claro que no. Lo pedimos de inmediato y también otro ponchecito pa' mí porque estos dos presas de almácigo van muy lento. Están pololeando con los vasos; puros' besitos no más.

Rigoberto: O tú vas muy rápido vejete destemplado. Toma a tu ritmo callao' Gárgamel y deja a los demás en paz.

Las risas como fue la tónica de esa noche no se hicieron esperar. Froilán solicita la nueva ronda de tragos a Florencia quien estaba limpiando una mesa contigua la que fue ocupada por un grupo de amigos que se acababa de ir. Llega a la barra y Maximiliano tenía el pedido listo en una bandeja. Se sorprende por el hecho de que sabía lo que quería de antemano. Comprendió que él como Camila

estaban pendientes de la profundidad del tema que se había desarrollado en aquella mesa. Toma la bandeja y se las lleva a los comensales.

Froilán: Estay Flash vieja rica. La cagaste'; la hiciste muy corta.

Florencia: Mira viejo chicha, estay bien copetiao', si seguí webiando' no te vendo más y te echo.

Froilán: Retiro lo de vieja. Pero volaste.

Florencia se marcha con una sonrisa mientras observaba de reojo intrigada a Maximiliano quien no despegaba la mirada de la mesa de Fermín y los demás. Le llamó la atención dicha situación puesto que nunca se interesa por nada. Una vez que se alejó unos pasos, reanudan la conversación de la mano de un brindis que propone Rigoberto.

Rigoberto: Bueno estimado, le damos las gracias por acompañarnos en forma oficial con un humilde brindis. Que sea una velada productiva y no se fastidie con las preguntas y comentarios que provengan de este grupo de amigos. ¡¡Salud!!

Rigoberto levanta su copa y los demás reproducen el gesto con entusiasmo dando sus parabienes. Luego de beber parte de sus tragos, Froilán comienza a intercambiar palabras con el anciano para ponerlo en antecedentes de lo tratado en la mesa con anterioridad.

Froilán: Te pregunté denante qué es la vida con el ánimo de desentrañar algo más allá.

Anciano: ¿Qué se supone que es lo que te inquieta buen amigo?

Froilán: El sentido de la vida. No espero más y te pregunto: ¿tiene algún sentido?

Anciano: ¿Eso lo buscan de antemano o es un tema que apareció en su ruta alcohólica hoy?

Froilán: En otras ocasiones hemos tratado el asunto de forma periférica. Ahora se dio producto de un cuestionamiento enfocado directamente al tema que recibió Fermín proveniente de un alumno.

Anciano: Interesante. Al parecer los jóvenes en todas las épocas están en interrogación permanente. ¿Por qué haces clases Fermín?

Fermín no esperaba que el rumbo asumido del problema siguiera el curso que propuso el anciano.

Fermín: En vez de preguntarme qué clase hago, va más allá e indaga el porqué de tal acto. ¿Es importante la razón?

Anciano: Alguien te hizo un alcance porque debe considerar que posees sabiduría para responder semejante cuestionamiento. Uno no le pide a un pejerrey que vuele por los cielos, o a un gato que bucee. Existe también la posibilidad que se haga para poner en tela de juicio o

ridiculizar; no creo que sea el caso debido a que los conoces y eres al mismo tiempo maestro e inquisidor.

Fermín: Dicto clases porque considero que el saber es lo más importante en la vida. Es como la luz y agua para una semilla que desea existir y no languidecer.

Froilán: ¿Es lo más importante pequeño duende?

Fermín: Así es. Tiene valor en sí mismo; nos hace ser pensantes y actuantes. El saber se traduce en acción porque reviste una motivación “para algo” y, ese algo, es principio y fin sobre la base de un sentido.

Anciano: ¿Qué es el fin de un acto?

Rigoberto: Creo que vamos encaminados a un lugar inesperado. La finalidad es lo que quiero conseguir.

Anciano: ¿Y el motivo?

Froilán: Lo que me movió a actuar.

Anciano: ¿Y lo que me motivó a actuar es lo mismo que el fin?

Rigoberto: No necesariamente. Alguna circunstancia detonó que me interesará aquel fin.

Anciano: ¿Entonces el sentido de algo está al principio o al final de este proceso?

Fermín: Principio y fin son envueltos por el sentido.

Anciano: ¿El sentido envuelve al hombre o el hombre se da el sentido?

Fermín: El ser como ser que razona, es porque se da fines y es poseído al mismo tiempo por el ser del sentido.

Anciano: Entiendo a partir de lo que dices que hago y soy hecho por el sentido. ¿Arcilla y alfarero cómo pueden ser lo mismo?

Fermín: No son lo mismo; pero el sentido los une y los hace la misma cosa: vasija.

Anciano: ¿Cómo llega el sentido a mí?

Fermín: El medio determina, así como el hombre determina a su medio.

Anciano: ¿Es posible que el agua apague el fuego y éste prenda el agua?

Fermín: En ese caso el fuego pasa a segundo plano.

Anciano: Entonces en un incendio el fuego no determina a la lluvia.

Fermín: Por un lado no y por otro sí. Que posea la condición de ser a pagado por el agua le da su naturaleza. Del mismo modo, fuera de nuestro contexto planetario mayormente, el calor en magnitudes sumamente altas hacen que el agua se evapore y extinga.

Anciano: ¿Y a ti qué te determina o te da la condición de ser? ¿Saber? ¿Entender? ¿Pensar? ¿Sentir?

Fermín: Todo eso y más. El no saber motiva el querer saber. El no entender motiva el querer entender. El punto crucial de esta consideración, es que el pensar y el sentir dan fisonomía al mundo debido a que se encuentran en otra esfera. Ambos están en el mismo plano y se imbrican; aunque primacía posee el segundo debido a que racionalizamos las sensaciones que nos hacen interactuar a modo de experiencia con el mundo.

Anciano: ¿Tu esencia radica en conclusión en que eres sintiente, pensante, intelectual e indagador?

Fermín: No solo la mía, sino la de la especie en general.

Anciano: Creo que esto merece un análisis profuso. No es tan simple.

Froilán: Por lo mismo, ¿cuál crees tú que es el sentido de la vida?

Anciano: Te respondí cuando me preguntaste al principio, antes de la invitación de los muchachos.

Froilán: Comprendo. Sostienes por lo visto que el sentido es lo que es. Si mal no recuerdo, acontecimiento, diálogo, pregunta, respuesta e interpretación.

Anciano: Así es. Ser algo es su sentido. No obstante, el sentido de lo que está fuera de nosotros es nuestra

concepción; proviene de lo que ponemos allí. Podemos sancionar desde ese ideario que el mundo en cuanto representación existe porque existimos.

Rigoberto: Y en esa línea, como veníamos hablando antes que llegaras buena amigo trovador, ¿existe un sentido del sentido?

Anciano: Esa pregunta me la formularon los jóvenes con los que compartí hace un momento. Me comentaron que fue producto de que escucharon su conversación.

Froilán: ¿Y cuál fue tu respuesta gurú de la poesía?

Anciano: Más importante que responder eso nuevamente, es saber por qué conviene que el sentido tiene un sentido.

Froilán: De no ser así sería vacío. Una escalera a la que le faltaría un peldaño; el primero.

Anciano: Supongo por lo que dices que algo habrán situado allí.

Froilán: Desde luego. Pero más que poner algo, identificamos lo que está presente desde que somos seres pensantes.

Anciano: ¿Y qué se supone que es intrépido arqueólogo del saber?

Froilán: Es falta. Lo que puede ser visto si razones de un modo acabado, como lo que debe ser buscado.

Anciano: ¿Y no me diste a entender que si el sentido no tiene sentido sería vacío?

Froilán: Lo que falta no es un sin sentido. Lo que se oculta y genera permanente búsqueda nos lanza a la infinitud.

Anciano: ¿Una vida entonces es permanente búsqueda?

Rigoberto: Una vida consciente no conducida. Esa que paradójicamente termina en la locura. Porque eso es la vida: una locura si eres consciente y reflexionas que no vas a ningún lado por más que te esmeres en la trascendencia.

Anciano: El sentido del sentido en sus palabras es una incógnita traslúcida; inefable copla que habla desde el abismo. ¿No es algo extraño todo esto?

Froilán algo desorientado, pregunta el significado de lo dicho por el Anciano para no perder el sendero por el que transitaba la conversación.

Froilán: ¿Qué es inefable?

Fermín: Algo inexplicable.

Froilán: Gracias principito. No vuelvo a entorpecer la conversación.

Fermín: Descuida.

El anciano ensalza la actitud de Froilán de preguntar al instante lo que no le resulta familiar. Luego del paréntesis

Rigoberto continúa con lo tratado puntualmente antes de la interrupción.

Rigoberto: La vida y todo lo que la rodea es extraña. El universo, la muerte, etc.

Fermín: De acuerdo con esto, el problema que nos queja es qué hacer con la vida si delimitamos sus campos de sentido y, el sentido de aquél sentido.

Rigoberto: La inercia lineal de acontecimientos nos lleva y guía. De inmediato la vida pierde sentido por falta de autonomía en la mayor parte de los casos. El hombre como dijo alguien nace libre pero está atado por todas partes con cadenas. Grilletes que nos fabricamos para darnos un sentido que finalmente nos subsume más en un sin sentido olvidados de esa búsqueda trascendente no en el tenor teísta, sino más bien, en el aspecto de darnos legitimidad como seres libres y pensantes.

Anciano: ¿Es necesario un sentido? ¿Lo que no tiene sentido acaso no es un sentido como sin sentido?

Fermín: Innegablemente. Veo que lo quieres plantear en esos términos.

Anciano: No. Solo sigo lo que dicen.

Rigoberto: Pero ese sin sentido como sentido cabría delimitarlo fuera de una conciencia consciente.

Anciano: No necesariamente. Ustedes me dicen que el sentido del sentido es falta, continua búsqueda. No hay un sentido del sentido de ser expuesto en esos términos por más conscientes que seamos.

Froilán: Lo que no está es evidenciado cuando sabemos que no está. Por otra parte, si no sé que no está, o no sé que está, da igual porque se desconoce. Debo estar consciente de aquel espacio. Recién ahí comienza una búsqueda; nuestra persuasión al infinito.

Anciano: ¿Y si lo que se busca constantemente siempre se oculta, no termina desapareciendo? ¿Quizá nunca estuvo allí?

En ese momento ocurre algo inesperado. Maximiliano tira el paño con el que secaba unos vasos sobre unas cajas que estaban debajo de la barra e interrumpe la conversación.

Maximiliano: Oye Zeus de los versos, ¿por qué estás tan a la defensiva?

El anciano no sabía quién le habló, pero se dio cuenta que la voz venía de atrás. Gira e identifica a Maximiliano.

Anciano: Pensé que era la pertinaz voz de mi consciencia. Me doy cuenta que soy interpelado por el joven escanciador de este templo.

Maximiliano: Perdón por interrumpir su solemne convite; intervenga porque has evadido el trasfondo de la pregunta que te hicieron. ¿Por qué no has dicho lo que respondiste en la mesa anterior?

Anciano: Por lo visto el tema te interesa bastante y has seguido el curso de los argumentos.

Maximiliano: Bueno, perdón por mi intromisión a todos. ¿Me vas a responder o seguirán preguntando?

Anciano: Ya respondí.

Maximiliano: ¿Cómo así? ¿Preguntando?

Anciano: Tú lo has dicho.

Maximiliano: Dónde está la Poesía que dijiste que era el sentido del sentido en todo esto.

Anciano: ¿Cómo he de responder algo nuevo donde las certezas están asentadas en suelo conocido? ¿La acción de pensar es lo mismo que la cosa pensada?

Maximiliano: No entiendo a qué te refieres.

Anciano: Un balde con agua puede ser una catástrofe para un caracol, un escueto baño para una persona, o, un simple refresco para un sauce... ¿si el agua es la misma, cómo es posible tan dispar significado?

Quando concluye de preguntar el Anciano, Camila en voz baja le pregunta a su hermano qué diablos estaba

haciendo. Éste le dice que no interrumpa y continúa con su discurrir ideario.

Maximiliano: Comprendo lo que dices. Ahora me toca preguntar a mí. Dijiste que las cosas son lo que son en tanto su sentido; en ese plano, ¿por qué la Poesía habla un lenguaje distinto refiriéndose a lo que es? ¿Por qué no decir las cosas de manera más directa?

Anciano: Esta noche me han preguntado cosas complicadas. Lo complicado nace de lo que no está claro o no se vislumbra. Hay poetas que dicen las cosas de una forma y otros de otra; pero en el marco general, atendiendo a tu inquirir, el lenguaje es utilizado al modo en que cada persona se expresa de modo natural.

Maximiliano: En lo poco que he leído me ha tocado ver a más de uno que esconde su intención; va en directa relación con lo que han hablado de interpretar y búsqueda de lo que falta. Insisto, ¿es necesario acudir a figuras literarias para hablar de qué es el sentido de las cosas?

Anciano: Alguien dijo hace un tiempo el que tenga oídos que oiga. Si es como dices, la forma de expresarse de aquel intérprete que consideras que oculta el significado es precisamente para aquello. Ocultar es su intención. Otros buscan develar. Hoy te digo si tienes entendimiento, trata de entender. La Poesía es el saber más elevado; el sentido de todas las cosas que se hacen tales por su gracia.

Maximiliano: ¿Preguntando y creando Cronos vas por la vida para existir?

Anciano: Sigue con tu carga Atlas; pero debes mirar lo que cargas porque allí habitas. Si sigues mirando el suelo no te mareas porque nada encontrarás. Lo importante está en tus manos.

Maximiliano asiente con la cabeza lo último dicho por el anciano. Camila algo perturbada le pregunta qué fue todo lo ocurrido. Le responde que tan solo fue lo que le inquietaba y, que le habló porque difícilmente podría ver en otra oportunidad lo que se daría con el resto de la mesa luego de una intervención suya. Fermín y los demás en tanto, quedaron descolocados no con la irrupción, sino con el empalme de palabras sostenido. Camila y Maximiliano siguen atentos a la mesa.

Fermín: El panorama se condensó estimado docto de los versos. Pregunta y creación te acaban de endosar como tu esencia.

Anciano: En la noche cuando levantas las manos pareciera que tomarás las estrellas; cuando duermes puedes volar y trasportarte a otros mundos; ¿por qué despierto no puedo tomar las estrellas, y durmiendo puedo volar?

Fermín: No creo que busque una burda explicación psicológica a lo expuesto. Si creo entender lo que dices en forma alegórica, el ser humano es la suma de los dos casos. Razón e irracionalidad sobre un sentido infundado.

Anciano: Justamente. Palabra y ausencia las convierten ustedes en una relación de reciprocidad que delimita un sentido sobre la cornisa de una búsqueda fundada en lo infundado. Creo que están dando vueltas cuadradas en un círculo triangular.

Rigoberto: ¿Entonces el sentido del sentido es Poesía?

Anciano: Cada uno es presidiario perpetuo sin derecho a beneficios carcelarios de su forma de definir. No puedo agregar mucho más a lo que han desarrollado. Solo dar cuenta que ahí donde el sentido se funda como sin sentido, la Poesía se posa para crear y dar luz a la vida. Unos hablarán de romance, otros de alegría, guerra, en fin, cientos de cosas distintas. Y para que no se alberguen dudas, no solo en la palabra anida la Poesía... también en el aire, el cielo, en lo que el hombre contempla, en lo que se inspira a construir y dar forma. Todo emana de la nada; esa que nos hace ser.

Froilán: Poesía. Quién lo diría. Tan olvidada. Esto merece un salud y otra ronda de tragos.

Justo cuando Froilán se disponía a pedir otra ronda de tragos, el anciano mira la hora en un reloj antiguo que portaba en su bolsillo. Se le hizo tarde por lo que se despide para continuar su viaje.

Anciano: Muchas gracias, pero se me hace tarde. Tengo que caminar mucho todavía a mi destino. Me tengo que ir. Les agradezco su hospitalidad y conversación.

Rigoberto: Gracias estimado. Fue un agrado. Un barniz para seguir dando color a todo lo que nos convoca en este lugar.

El anciano se pone de pie y bebe lo último que le quedaba en su vaso. Extiende la mano despidiéndose primero de Rigoberto, luego de Froilán y, finalmente de Fermín. Este último le dice algo antes de que se marchara.

Fermín: Creo que hay algo que ignora en su argumento.

Anciano: Creo saber de qué se trata. No tengo ganas de morirme tan pronto para que la vida no nos junte nuevamente. Habrá tiempo para tratarlo. Que estés bien.

Fermín: Usted igual.

Termina de despedirse y se dirige a la puerta. Mira a la barra y hace un gesto de adiós a Florencia que ordenaba unas botellas. Se despide de igual modo de sus hijos que estaban al otro extremo de la barra presenciando la escena. Ella junto a los muchachos despiden cordialmente al anciano. Maximiliano antes que saliera del local lo alcanza para hablarle.

Maximiliano: Abuelo, deténgase un poco.

Nuevamente el anciano se da cuenta que le hablan a su espalda. Se detiene y vuelve a hablar con Maximiliano.

Anciano: Eres un experto para hablarme de improviso.

Maximiliano: ¿Mañana dónde estará?

Anciano: En la ciudad de Las Parras.

Maximiliano: Gracias. Nos vemos mañana. Sé dónde encontrarlo. De seguro estará en el sitio que me imagino; no hay muchas opciones por allá. Que esté bien.

Maximiliano le da un apretón de manos y se despide nuevamente. El Anciano sale del lugar contrariado. Fue una noche inusual. Nunca le había tocado tratar una conversación con tanta profundidad y al mismo tiempo con tantas personas. Luego de dar unos pasos se le acercan un perro y un gato que jugaban como los mejores hermanos.

Anciano: ¿Qué quieren de mí nobles criaturas?

El perro apoyó sus patas delanteras a la altura de la cintura del anciano mientras el gato se frotaba en su pierna derecha. Eran muy animosos el par de animales.

Anciano: Parece que tienen hambre pequeñas bestias amansadas.

El anciano se dio cuenta que sintieron el olor a comida que llevaba en su morral. No le quedaba mucha para el camino. Aun así no dudo en darles lo que tenía.

Anciano: Tomen pobres criaturas; disfrútenlo. El que teniendo no comparte, se pudre por la avaricia. El que comparte lo que no tiene, es un loco; pero un loco feliz. Mi vida vale menos que la suya. Menos mal que ustedes no saben hablar sino me habrían interpelado también. Aprovecho de preguntarles: ¿quién es más libre, el que

conoce más cosas o, el que no le importa conocer entorno al saber?

El anciano a paso trémulo se pierde en la soledad y frío de la noche camino a la ciudad de Las Parras en compañía de dos nuevos amigos. En el interior del bar, Fermín y el resto antes de terminar lo último que les quedaba de sus tragos, se ponen a cantar alegremente a modo de despedida.

Así fue lo ocurrido el viernes pasado en otra plausible conversación al interior del dionisiaco anfiteatro de Florencia.

Contenido

Prólogo	10
Preludio	14
Capítulo I	26
Capítulo II	45
Capítulo III	53
Capítulo IV	73
Capítulo V	85
Capítulo VI	99
Capítulo VII	109
Capítulo VIII	125
Capítulo IX	143
Capítulo X	153

